

SIETE AÑOS DE VIAJE
EN
CENTRO AMERICA,
NORTE DE MEXICO Y LEJANO OESTE
DE LOS
ESTADOS UNIDOS

POR

JULIUS FROEBEL

con numerosas ilustraciones

Traducción de Luciano Cuadra

LONDRES

RICHARD BENTLEY

Publicista Ordinario de Su Majestad

M.DCCC.LIX

COLECCION CULTURAL-BANCO DE AMERICA

Managua, Nicaragua

1978

LIBRO I

VAGABUNDEOS Y OBSERVACIONES
en
NICARAGUA, MOSQUITIA SUPERIOR,
y en las costas del
GOLFO DE HONDURAS

CAPITULO I

Salida de Nueva York — Mar abierto — Colón — La ciudad americana, y la panameña — Características de vida — San Juan del Norte — Condición y vicisitudes de la historia reciente del poblado — Elementos de la población.

La construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua era en 1850, para la generalidad, cuestión de poco tiempo. Se había enviado allá a un grupo de ingenieros con el encargo de hacer los estudios geodésicos preliminares y todo mundo esperaba un informe favorable. Yo entonces veía a Nicaragua como una región en vísperas de convertirse en escenario de un importante movimiento en el desarrollo de la civilización, y de tal manera me interesé en el país que no pude resistir al impulso de ir allá.

Así pues, tomé pasaje en un bergantín surto en Nueva York que tocaría primero en Chagres¹ y después en San Juan del Norte. Salimos el 28 de Septiembre. Vientos calmosos, chubascos y tormentas eléctricas hicieron tedioso el viaje, aunque la verdad es que los diversos cambios de escena que esos fenómenos de la naturaleza producían compensaron aquellas molestias. Es difícil dar una idea de la mágica belleza de los atardeceres que contemplé entonces en el Mar Caribe. En una tarde crepuscular se tiñó de rojo el poniente. Hebras de oro, como de tela metálica, respuntaban la cúpula radiante. Por el Este y por el Sur un rojo encendido, con fugaces tintes que pasaban por todas las gradaciones del carmín, del púrpura, del violeta y del azul oscuro, se desvanecían para fundirse en un color terroso. De aquí y de allá, cual si del alto cielo se hubiese rasgado el velo de una región etérea, bajaban rayos por entre los colores más terrestres de la atmósfera inferior, dando tonos de un verde azulado en su matiz más tenue. Anchos macizos de luz, de oro unos y de azul los otros, partiendo desde el punto en donde el sol se ocultaba en el horizonte y elevándose al zenit, cruzaban el espacio como varillas transparentes de un gigantesco abanico. Nubes aborregadas, semejantes a céfiros rosados, se cernían sobre nosotros, y las velas y los mástiles del barco se teñían de un delicado tinte lila que, con diversos matices, coloreaban la mitad del firmamento norte. Por las mañanas el celaje era igualmente colorido y bello.

¹ Hoy Colón.

Un arco de nubecillas de obscuro color aceitunado con ribetes áureos se extendía sobre una gran parte del poniente. En el centro de este brillante semicírculo espesas masas de un violeta obscuro, asentadas sobre el confín del océano, se hacinaban en formas extrañas. De Oriente a Occidente, por ambos lados, la paleta del horizonte ostentaba los más variados matices del violeta y del azul; rimeros oscuros de un verde-gris interrumpían por doquier la transición gradual. Un cendal de lila pálido se desdibujaba bajando del zenit hacia el Oriente; y la luna aparecía recortando su silueta a través de una gasa muy sutil.

Antes del anochecer del 5 de Noviembre aparecieron a la vista las montañas del Istmo de Panamá; eran unos conos truncados y aislados. A la mañana siguiente vimos ante nosotros una larga costa selvática y en el fondo una cadena de montañas. Luego irrumpió la mole del Castillo de San Lorenzo elevándose en la desembocadura del río de Los Lagartos; pocas horas después anclábamos a sus pies, y a la otra mañana entramos en el río a cuya margen atracamos, exactamente en frente de las casas de madera que constituyen el llamado puerto “americano” de Colón. Supongo al lector enterado ya de que en todo el Nuevo Mundo se da el gentilicio de “americano” casi única y exclusivamente a los pobladores de Estados Unidos, uso mediante el cual el “destino manifiesto” de ese crisol de razas que conforman los elementos más activos de la presente generación humana es reconocido irreflexivamente hasta por aquellos a quienes más de cerca amenaza, puesto que en todos los países de hispanoamérica se conoce por “los americanos” a los habitantes de la gran república del Norte.

Tenemos pues que esta “ciudad americana” de Colón, la misma que probablemente ha dejado de ser desde la inauguración del ferrocarril de Panamá, —ya que Aspinwall² ha tomado su lugar como terminal del Atlántico de la ruta ístmica— estaba situada en la ribera izquierda del río, mientras que al lado opuesto, en un recodo del cerro San Lorenzo, se asentaba “el pueblo de los nativos” que existía desde antes del histórico éxodo a California en busca de oro, poblado que es de suponerse ha sobrevivido a su más progresista rival y puede que aún hoy aloje a unas pocas familias.

En la escogencia del lugar para el poblado americano debe haber prevalecido la filosofía utilitarista. En un sitio universalmente reconocido como sumamente insalubre, fue edificado al borde del agua y sobre terreno bajo y cenagoso; pero quedaba sobre la ribera de aguas profundas del río, y los bergantines y las goletas podían desembarcar pasajeros y carga a pocos centenares de pasos de las casas. Estas eran de madera prefabricadas en Nueva York y ensambladas en Colón. La más destacada de todas era la “Irving House”, el mejor “hotel” del puerto. Lo conocía por un anuncio aparecido en Nueva York que lo recomendaba como establecimiento de primera clase, “en cuyos espaciosos salones el viajero encontrará el confort y comodidades de la zona templada, junto con todas las delicias del trópico”. Parecía más bien un granero grande de dos pisos, cada uno de los

² Chagres y Aspinwall formaron lo que hoy es Colón.

cuales era un solo cuarto, sin ninguna división. En el primer piso vi a ciento y pico de viajeros sentados en cuatro bancas largas de madera ordinaria junto a los costados de dos mesas grandes de la misma clase de madera; allí se repartía puerco salado y frijoles. En el piso superior varios centenares de personas, sufriendo de fiebres palúdicas, tiritaban de frío o se achicharraban en paroxismos de calor, y los que estaban sanos vigilaban con ojos de Argos sentados sobre sus cofres y motetes para evitar que los numerosos ladrones que en esos días infestaban esa peligrosa ruta de busca-fortuna les robaran sus haberes. En las calles, entre charcos y más charcos de aguas putrefactas, veíanse mesas de tahures atestadas de matones, y también las puertas abiertas de las tabernas, así como grupos de hombres mechudos y barbudos, sucios y desgrefiados, pálidos y desencajados, algunos de los cuales mantenían sus manos en los bolsillos repletos de pepitas de oro traídas de las minas de California, muy en contraste esto por cierto con su facha desastrada.

A ninguno de los extranjeros residentes en Colón se le había cruzado por la mente despalar los alrededores montañosos para cultivar siquiera un pedacito de tierra, y no se preocupaba nadie tampoco por que la producción natural de las inmediaciones diera abasto a sus necesidades cotidianas. El forraje de las dos o tres vacas que allí tenían lo importaban de Estados Unidos, e igual cosa hacían con el combustible de la cocina; y eso que allí no más enfrente podían obtener leña de las montañas tupidas de árboles. Las más comunes hortalizas y frutas tropicales, como decir plátanos, bananos, batatas, yuca, etc., no se conocían en la mesa del "hotel". Los naturales del país no cultivaban de esos productos más de lo que ellos mismos consumían, y nadie pensaba en cosa que no fuera algo que rindiera beneficios inmediatos.

Tal era, en 1850, el poblado norteamericano de Colón, lugar en el cual, según observación del Capitán B. de nuestro bergantín, nadie que no fuera un temerario aventurero podría vivir allí por su propio gusto. Puede que tal opinión fuese un juicio demasiado severo. Sin embargo, por cuanto a mí toca, nunca con más claridad que en Colón aprecié cuán beneficiosa es la influencia que produce en nuestro futuro la clase de hogar en que uno ha sido criado. Porque para nosotros vale mucho más que una tienda de comercio el hogar que nos esmeramos en dignificar y alhajar. La buena educación deja profundamente impreso en nuestro carácter los rasgos e inclinaciones que nuestros padres nos inculcaron. Y no es únicamente de los hombres de quienes debemos esperar reciprocidad a nuestros afectos, pues que también la naturaleza, como todas las cosas que nos rodean, corresponden al apego y aprecio que les demostramos. No es pues sólo a los hombres a quienes no debemos despreciar ni degradar, pues ni aún a las simples cosas, ya que nunca escaparemos a las funestas consecuencias de haber quebrantado las profundas leyes de un mundo moral. Porque si así ocurriera, nuestro carácter recibiría un justo castigo. Desdeñando y degradando las cosas que nos rodean, desdeñamos y degradamos por fuerza nuestro ser. En un lugar en donde todos no eran sino gente de paso, transeúntes, atraídos sólo por el señuelo del lucro, en donde todos, desde

el mismo día de su llegada, comenzaban a contar las horas que creían les faltaban para completar la suma suficiente para salir de allí, resultaba que, en ese poblado de Colón, unos pocos años les parecían siglos; en un lugar así la vida debe haber tenido aspecto falso y despreciable, sin muchas esperanzas de mejorar. No sé qué habrá llegado a ser de Aspinwall, poblado al que se trasladaron muchos de los habitantes de Chagres poco después que yo estuve allí, ni tampoco he sabido cómo se desenvuelve la vida social en las minas de oro de Australia. Pero, en cuanto a California me consta que muchos que llegaron a esa región desde los cuatro puntos cardinales del globo hablan de ese lugar como punto ideal para vivir en él, pues hasta las mismas zonas mineras tienen un encantador toque hogareño, y en ninguna otra parte mejor que en California se ha llegado a comprender que quien quiera hacer de ese territorio su hogar permanente vale muchísimo más para la comunidad que muchos residentes temporales, por muy importantes que fueren para ellos los negocios que transitoriamente les hubiesen llevado allí.

Crucé el río para ir al pueblo de los nativos. En uno de sus lados hay un pantano cuyas fétidas emanaciones, mezcladas con el sereno de la noche, eran tan espesas y fuertes que, además de afectarme el olfato, me llegaron hasta la lengua. Pese a lo cual esa parte de Colón me impresionó mejor que el llamado pueblo americano. Las casas, construidas en terreno un poco más alto, eran de caña con techo de palma y de increíble limpieza. Vistas desde el otro lado del río son muy pintorescas. En el fondo de sus patios tienen cocoteros, y en una loma de atrás se elevan árboles inmensos que mecen sus ramas cimeras sobre los demás. Sus moradores tienen sangre india, africana y española, y se entienden entre sí hablando español, y esto que algunos de los negros y mulatos que ahora habitan allí son jamaicanos; éstos también llegaron alucinados por el señuelo de fáciles riquezas. Platicué con uno de ellos, mulato inteligente y bien parecido, quien me dijo que ganaba mucho dinero pero que siendo el clima muy malsano todo se le iba en pago a los doctores. No deja de llamarme la atención el hecho de que quien así hablaba era un nativo de Jamaica, cuyo clima es igual —si no peor— que el de Colón. Esto, por otra parte, me hace pensar —y creo que no lo han notado en Europa— que en las costas del Mar Caribe está surgiendo una generación de gente de la raza de color pobladora de lugares a quienes diversos atractivos los invitan a radicarse allí. Más adelante ampliaré este tema que promete ser de importancia en el futuro de la historia de las Indias Occidentales y de la América Central, como también en el desarrollo de la raza negra en el Nuevo Mundo. La mayoría de estos negros de Colón son originarios de Curazao y Cartagena. Los oriundos de Colón parecen más bien ser una mezcla de indio y español, físicamente bien proporcionados y muy fuertes; algunos son inteligentes y de simpático talante. Observé que por el esmero con que cuidaban de su limpieza personal se distinguían de los residentes y viajeros del otro lado del río. Todas las mañanas de los ocho días de mi estadía allí, los hombres y las mujeres que en sus botecitos cruzaban el río iban limpiamente vestidos, si bien todo lo que ellos llevaban por vestimenta era sólo un sombrero de palma y pantalones. Allí fue en donde por primera vez

ví el peculiar estilo de elegancia montaraz con que visten las mujeres y la gente de la clase más humilde de hispanoamérica. Esas mujeres, con sus enaguas volanderas de percal a rayas enrolladas a la cintura desnuda, cubierto escasamente el busto con un flotante güipil de muselina blanca ribeteada de relumbrantes discos de oro o plata, o con el largo reboso a rayas echado como al descuido sobre el hombro izquierdo, un par de zapatillas de raso blanco guarnecidas de adornos dorados o plateados en sus pies sin medias, su negro pelo satinado del que prendían flores amarillas, rojas o blancas, tenían ciertamente apariencia seductora cuando se las veía caminar con simulada dignidad y volando sus brazos con desenfado; había que verlas también balanceándose como con desgano en sus hamacas. Noté asimismo su habla pulida y urbana que cuando se dirigían a alguien era raro que dejaran de llamarle “señor” o “señora”. Solamente los hombres que remaban sus botes o se ocupaban en cargar y descargar los barcos se hablaban con grosería. Algunas veces se decían sólo “hombre”, “mulato”, “cuadrón”, o “zambo”, según fuera el matiz de su piel.

Cuando estuve allí estalló una guerrita entre los habitantes de los dos poblados. Y fue que los nativos se ofrecieron a los viajeros para llevarlos río arriba por un precio menor que los americanos; y, como aquéllos no hicieron caso de las advertencias de éstos, del lado de los americanos salieron un día disparos contra un bongo de viajeros conducido por nativos. Este atentado fue reciprocado por los otros; varios heridos salieron de uno y otro bando en los días que duró la trifulca.

Cierta vez que subí el empinado cerro del Castillo de San Lorenzo vi —para decirlo con palabras de médico— un soberbio caso de elefantiasis que un negro sentado a la vera del camino ostentaba en una pierna. El castillo, que en tiempos pretéritos defendía la entrada septentrional del paso por el istmo de Panamá, es uno de los más admirables monumentos dejados en América por los españoles; aunque, a causa de la excesiva humedad del clima y de la falta de cuidado, yace ahora casi en ruinas. El material de que está construido es piedra arenisca inadecuada para resistir los embates de la inclemencia tropical. En uno de sus patios se alzaba una casa de madera, residencia de un solitario oficial llamado el “comandante”; pero no vi un solo soldado, ni a nadie que a mí acompañante y a mí nos impidiera meternos en una bóveda en la que encontramos no sabría decir cuántos miles de libras de pólvora mojada en cajas abiertas a las que para ver qué cosa era nos acercamos con un puro encendido en la boca... Viejos cañones, algunos de grueso calibre, y encumbradas pirámides de balas y de bombas veíanse en el suelo. Además de muchísimos cañones de hierro conté diez cañones y morteros de bronce. Dos de éstos, bellamente cincelados, tenían estas inscripciones: “El Escorpión”, Sevilla, 1749; y “El Dragón”, Sevilla, 1742.

La vista desde el castillo es grandiosa y bella. Por un lado está el mar que lame el pie del cerro en que se asienta y que es por allí muy escarpado. En esa misma dirección se extiende por largo trecho una costa montañosa. Hacia el interior se despliega la montaña que abre paso al río;

por una considerable distancia el ojo sigue su curso que se interna por entre lo más tupido de la selva.

Detrás del castillo hay una profunda cañada por cuyo fondo discurre una clara corriente que va a dar al mar entre árboles majestuosos. Un grupo de mujeres semidesnudas se ocupaban en lavar ropa allí. Hacia ellas caminábamos cuando nos hicieron señas de que no nos acercáramos; caso raro éste de un melindre generalmente desconocido entre las hispanoamericanas de la clase más humilde. Siguiendo nuestro camino llegamos a una plantación de cocos, y en un limpio del centro encontramos los restos de un trapiche en el que se veían varios grandes peroles en buen estado rodando por el suelo. El establecimiento parecía no haber sido explotado nunca, y sin duda fue una de las muchas desafortunadas aventuras comerciales emprendidas en esas regiones de la América tropical, sin haber hecho antes el debido avalúo de las dificultades y obstáculos inseparables relacionados con el estado incivilizado de un país. En Belice vi después igual fin de una empresa similar. Allí, en las soledades de los alrededores de la laguna Manatí, contemplé el triste espectáculo de una costosa maquinaria con todos los adelantos de una plantación de caña de azúcar invadida por la exuberante vegetación tropical.

Al día siguiente me fui a caminar sobre la costa, y después de recorrer dos o tres millas llegué a un lindo paraje en donde, cerca de una roca saliente, un pequeño estero desemboca en el mar; luego me metí en la montaña por un caminito. Una milla adentro di con una rancharía de cañas y palmas. Mujeres achocolatadas, vestidas de la manera antes descrita, y hasta con aquellas mismas zapatillas de raso, se hamaqueaban puertas adentro pero a la vista de todos. No me explico cómo esa gente pudo haber escogido ese lugar de la montaña para hacer sus casas. Tal vez querían estar cerca del puerto para beneficiarse de su vecindad sin tener que vivir bajo la mirada curiosa de los americanos.

Los aguaceros que torrencialmente caían a diario me impedían pasear con más libertad por las inmediaciones, así que no pudiendo observar las cosas como yo quería, me aburría solemnemente. El 14 de Noviembre, habiendo terminado el capitán de hacer sus negociaciones, levó anclas y salimos al fin a mar abierta.

En cuatro días de navegación llegamos a San Juan del Norte. La costa, desde donde la vimos por primera vez, era una larga faja boscosa jaspeada a trechos por claros. En esa forma se extendía hasta el pie de la cordillera del interior de Nicaragua. Detrás de ella veíanse unos picos irregularmente distanciados que, por su nitida figura cónica, revelaban la naturaleza volcánica de la región. Se me dijo que unos eran los dos volcanes de la isla de Ometepe, en el Lago de Nicaragua, y los otros los picos más cercanos de Costa Rica.

El aquel entonces San Juan del Norte era un poblado de unas cincuenta o sesenta casas. Ese lugarejo tiene tres nombres. Para llamarlo de ma-

nera más general se le dice San Juan de Nicaragua; ahora bien, para diferenciarlo del otro San Juan situado en la costa del Pacífico, se le nombra San Juan del Norte (la denominación española de los océanos Atlántico y Pacífico fue originalmente Mar del Norte y Mar del Sur), y para borrar de la memoria su origen español y su antigua dependencia de España y de Nicaragua, los ingleses, cuando en 1848 tomaron por la fuerza posesión del puerto en representación de su protegido el rey de la Mosquitia, lo bautizaron Greytown, sustituyendo con ese los otros dos nombres.

Mas a pesar de la nueva denominación, San Juan del Norte sigue siendo un viejo puerto nicaragüense. Es de todo mundo sabido que en los comienzos del Siglo XVIII había allí una guarnición española, y que de 1796 hasta la independencia de la América Central en 1821, fue uno de los puertos oficiales de entrada a los dominios de España en esa parte del mundo. Pero no deja de tener también cierta importancia en la política norteamericana la más reciente historia de ese lugar, ya que tiene estrecha relación con el caso del protectorado de la Mosquitia, con las discutidas estipulaciones del Tratado Clayton-Bulwer, con el litigio de derechos territoriales entre Nicaragua y Costa Rica, con los reclamos de las varias compañías de tránsito interoceánico, y últimamente con las invasiones de los filibusteros americanos. Cuando llegué allí el cónsul británico acreditado ante el rey de la Mosquitia gobernaba el puerto. En nombre de este soberano se recaudaban los derechos aduaneros; en su nombre también se vendían solares del poblado para construir casas y asimismo las parcelas vecinales para cultivos agrícolas. Este estado de cosas se prolongó hasta el 1º de Mayo de 1851, cuando los habitantes, con el consentimiento de Inglaterra, hicieron de su comunidad una ciudad libre y república independiente con su propia constitución que promulgaron en 1852, la cual está desde entonces en vigor. En 1854, ya en ese año más grande, el puerto fue destruido a cañonazos por un barco de guerra americano que sólo dejó en pie unas pocas casas; esta acción fue casi universalmente reprobada. A simple vista el hecho tuvo origen en una disputa entre la municipalidad del puerto y la Compañía Accesoría del Tránsito, pero en el fondo había una cuestión política, pues que con ello se quería poner a prueba decisiva la fuerza del protectorado británico. Esta parece ser la única explicación de la inconcebible severidad empleada tomando como pretexto un asunto baladí.

El poblado de San Juan del Norte, que desde aquel trágico día ha resurgido de sus cenizas, queda en la desembocadura del brazo septentrional del río que conecta la cuenca del Lago de Nicaragua con el Océano Atlántico. Está mucho mejor situado que Colón. El terreno en que se asienta es arenoso y contiene considerable porción de granillos de titanio, o sea *Iserine*. Si se le aplica un imán se levanta con él cierta cantidad de ese metal. Este sin duda lo han acarreado las aguas del río San Juan y procede de las erupciones de los volcanes de Ometepe y del Mombacho, pues es evidente que la lava y piedra caliza de estos lugares contiene gran proporción de aquella substancia mineral. También se le encuentra casi sin mezcla en las costas del Lago de Nicaragua en bancos de esos mismos granillos sueltos y negros que con imán se recogen en San Juan del Norte.

A lo arenoso de su suelo se atribuye principalmente la relativa salubridad del clima del puerto. No conozco otra tierra que absorba el agua y se seque con más rapidez que la de San Juan del Norte; apenas quince minutos después de caer el más copioso aguacero se pueden cruzar sus calles sin enlodarse siquiera la suela de los zapatos. Esa tierra, con el mar por un lado, el río por el otro, una charca por un tercer lado y todo casi a un mismo nivel, debe estar impregnada de agua, aunque se vea seca la superficie. Por tal razón es que al enterrar un barril en el suelo se llena en el acto de agua; y esa es la manera como se abastecen allí de agua potable. Ella es por cierto limpia y de buen sabor según lo comprobé y me lo dijeron los sanjuaneños; y es también muy saludable. La charca, cuando yo la vi, distaba sólo unos cuantos centenares de pasos de las últimas casas del pueblo; su agua es dulce y se une con el río, pero no con el mar. No parece afectar la salud de los porteños, y quizá ayude a esto que la brisa marina empuja las miasmas hacia las montañas del interior del país.

El color del agua de esta charca es leonado, lo que añade otra peculiaridad al paisaje. Está orlada de exuberante vegetación. Sobre las orillas de su superficie se desgajan frondosas ramas que a trechos dejan pequeñas aberturas por donde la vista penetra la selva oscura. Las aberturas son caños angostos por los que la charca se adentra en una selva de tan tupido follaje que no permite el paso de los rayos del sol. Abundan en ella los lagartos, y algunos son enormes para ser de América; la probada ferocidad de estos saurios tal vez tenga su explicación en que no son verdaderos lagartos sino una especie de cocodrilo, *Crocodilus americana*. En el Museo Británico, de Londres, hay un buen espécimen de él llevado de San Juan del Norte.

Hallé que la población de este puerto era, con mucho, de carácter muy superior a la de Colón, y hasta se la tiene por comunidad muy respetable. En los días que estuve allí observé el más perfecto orden y garantía en todo, y eso que centenares de americanos busca-fortuna procedentes de California por la vía de El Realejo, llenaban las tabernas. Los ingleses protectores del rey mosco mantenían allí un excelente cuerpo policíaco. Una buena parte de sus habitantes eran gente de raza negra del interior del país y de las Antillas, pero la clase superior la componían americanos, ingleses, franceses, españoles, alemanes e italianos; y así sigue siendo la cosa. Esto indudablemente producirá con el tiempo un tipo de centroamericano mezcla de todos esos elementos que habrá de impulsar el desarrollo de la civilización y la prosperidad de esa bella e interesante región.

CAPITULO II

Viaje al interior — El río — El Castillo — San Carlos — El lago
— Aventuras de un joven alemán entre los indios guatusos —
Alto concepto de la ciencia — Nuestro bongo en el lago —
Llegada a Granada.

Los pocos días que pasé en Colón antes de llegar a San Juan del Norte, fueron más que suficientes para que pescara allá un fuerte ataque de calenturas remitentes, morbo conocido con el temeroso nombre de fiebre de Panamá. Creo haberme percatado de ello cuando al anochecer llegaron a mi olfato las fétidas emanaciones de las ciénagas cercanas. Inmediatamente una sensación de malestar general se apoderó de mí; en los cuatro días siguientes los mareos me impidieron precisar cuál era mi estado de salud; pero cuando llegué a San Juan del Norte noté que mis energías me habían abandonado. Pude, sin embargo, sobreponerme durante unos pocos días, mas al fin un violento paroxismo me hizo doblar la rodilla. Mi casero, un viejo francés refugiado político de tiempos del Rey Carlos X que había vivido muchos años en Haití, en donde aprendió a curar esa clase de calenturas, me dio una botella de cierta medicina que, confiando más en su experiencia que en la dudosa ciencia de algún discutible miembro de la profesión que por aquellos días existían en San Juan del Norte, me la bebí sin vacilar, y, habiéndome tomado a la mañana siguiente una fuerte dosis de quinina, seguí su consejo de continuar viaje al interior. Me dijo que cualquiera fuese el estado de mi salud, las probabilidades eran de que en dejando la costa atlántica mejoraría. Y tenía razón, porque en los doce días que duró mi viaje a Granada, durante los cuales dormí todas las noches a cielo abierto en el bongo, y que a veces aguanté el sereno de las madrugadas o me metí bajo un capote ahulado capeándome de las lluvias torrenciales, recuperé, aunque las consecuencias del ataque se manifestaron en una completa falta de fuerzas y un exceso de irritabilidad nerviosa que padecí muchos meses.

En aquellos días no había aún vapores en el río San Juan ni en el Lago de Nicaragua, así que me resigné a tomar uno de esos bongos que viajan del puerto atlántico hasta Granada llevando carga y pasajeros. En compañía de dos americanos que llevaban el mismo rumbo alquilamos uno de esos pesados armatostes manejados por diez bogas, o “marineros” como

se les llama allá, junto con su capitán o patrón; todos eran negros del interior del país. Lo cargamos con provisiones de boca para dos semanas, pues ese era el tiempo que entonces duraba el viaje, y que ahora los vapores hacen en sólo dos días.

Salimos de San Juan del Norte el 23 de Noviembre de 1850 y llegamos a Granada el 5 del mes siguiente. Si de bellezas panorámicas se trata, debo decir que ese viaje es uno de los más interesantes que pueda uno hacer, aunque mi estado de salud me impidió gozarlo entonces, pero en cambio lo disfruté en dos viajes posteriores. Actualmente se ven claros en las márgenes del río que son cortes de madera hechos para suministrar leña a los vapores; y también se han hecho desmontes, aunque pocos, para trabajos de agricultura. En 1850, en una extensión de más de cien millas, vi un solo bajareque con una hamaca por todo mobiliario en el centro de un chagüite de media manzana. Eso fue todo. Con esta única excepción, y con la de El Castillo, el río tiene sus márgenes tupidas de enormes árboles de cuyas ramas cuelgan laberintos de bejucos, plantas trepadoras y parásitas que de tan enmarañadas dan la impresión de ser un sólido muro de hojas y de flores.

Jamás podré olvidar las noches y las mañanitas que pasé en el río. Nuestro bongo fondeaba en medio de la corriente. Raras formas de árboles, como espectros en la noche, veíamos en frente y parecían moverse mientras en vano tratábamos de precisar sus verdaderas formas. De cuando en vez el chapuzón de un lagarto, el bramido de un manatí, el chillido de un pájaro nocturno, o el rugido de una fiera en la montaña rasgaban el silencio, viniendo todo al fin a confundirse en mi afiebrado sueño. El canto de los marineros a la Virgen María me despertó un día al amanecer. Era una melodía de acentos gemebundos de pocas y sencillas pero muy expresivas modulaciones. Años después oí lo mismo pero en boca de mineros mexicanos en la capilla subterránea de la mina de azogue de Nueva Almadén, en California, y nunca olvidaré tampoco la profunda emoción que se apoderó de mí en ambas ocasiones, tan diferentes ellas en todo otro aspecto. En el último caso la escena tuvo efecto en una angosta excavación ante un altarcito labrado en la pura roca, sobre el cual, frente a una imagen dorada de la Virgen, dos candelitas de sebo alumbraban pálidamente los cuerpos de quince o veinte hombres invocando al cielo la bendición de su día de trabajo en las entrañas de la tierra; en el primer caso, en cambio, fue la esplendorosa brillantez de una alborada de la que ninguna descripción podría dar una cabal idea a quienes no han tenido el privilegio de haber vivido en una de las más bellas regiones tropicales. El sol venía saliendo, y sus primeros rayos, abriantando las lucias hojas de la selva, caían sobre los bronceados cuerpos de los hombres, haciendo que su desnuda musculatura atlética recogiera todos los contrastes de luz y sombra, mientras que las notas —gemebundas e implorantes— brotaban de sus labios, creí oír el exorcismo sagrado con que, inconscientes de su poder, estos hombres estaban amansando su natural semi-cerril. Simultáneamente se oyó repetir el canto desde el otro lado de una punta que allí hacía la ribera, y esas otras voces se juntaron a las de nuestros marineros en las

sagradas notas. Dos bongos, ocultos a nuestra vista, habían anclado cerca de nosotros esa misma noche. El canto al fin se apagó en la soledad. Una callada oración. Se levaron las anclas, y a un grito repentino de los bogas doce remos golpearon a un tiempo el agua. El sol cabrilleaba sobre el cristal del río. Las copas de los árboles parecían remojadas de luz; los monos se columpiaban en las ramas; las lapas multicolores volaban de par en par de una orilla a otra. Todo era gloria y brillo en aquella naturaleza lujuriente.

En las proximidades de la desembocadura del río, que es hasta donde comienza el delta, las riberas están casi al nivel del agua, y abundan en ellas los carrizales, manglares y cierta especie de palmeras que forman tupidos macizos en los pantanos. Unas catorce o quince millas río arriba el terreno comienza gradualmente a subir y se ven escarpados barrancos de tierra rojiza y parduzca elevarse de diez a veinte pies sobre el nivel del agua. Desaparecen los macizos de palmeras de la zona pantanosa y surge una vegetación de árboles majestuosos de los que cuelgan bejucos en festones. Chirriones enflorados tejen guirnaldas de una rama a otra reflejándose en las aguas, mientras que por aquí y por allá gráciles tallos de las más altas palmeras enarbolan los banderines de sus hojas por encima del espeso y pomposo verdor de la selva.

Ocho o diez millas más arriba está el primer raudal. El río, aprisionado entre cerros montañosos, ofrece aquí una nueva fisonomía. Los árboles de las faldas de los cerros, formando un núcleo casi impenetrable, son de extraordinaria variedad y contrastantes figuras. Lo más interesante que tiene esta zona es El Castillo. Aquí, donde el río corre gorgoteando sobre un lecho de rocas y peñascos, se alza esa fortaleza de los tiempos coloniales. Desde 1780 yace en ruínas, aunque Nicaragua mantiene allí una pequeña guarnición alojada en un cobertizo construido a sus pies sobre lo que fuera antes plataforma de una batería. En las montoneras de los últimos años este castillo fue en varias ocasiones ocupado y evacuado por los bandos en lucha. En 1854 lo defendía una pequeña fuerza de leoneses que cuando los granadinos de don Fruto Chamorro lo tomaron no dejaron a un solo soldado vivo.

De todos los raudales del río este de El Castillo es el único verdadero estorbo a la navegación. Con el debido cuidado pueden bajarlo los bongos, y yo, en mi viaje de regreso, lo pasé bien en uno que llevaba cuarenta pasajeros; pero para remontarlo es preciso quitarles la carga y pasarlos a la sirga atando cables a los árboles de la orilla. Allí se interrumpe la continuidad de la navegación que se hace hoy en vaporcitos fluviales. Estos salen del puerto de San Juan del Norte y llegan hasta el extremo oriental del raudal; los pasajeros se bajan, lo orillan y en el extremo occidental, en aguas ya tranquilas, cambian a un vapor más grande para cruzar el lago. Poco antes de mi llegada a Nicaragua la Compañía del Canal había enviado desde Nueva York los dos primeros vapores que surcarían el lago y el río, pero vi uno de ellos fondeado al pie del raudal en espera de los cables y demás mecanismos para sirgarlo; el otro se había atascado en el raudal

de Machuca, de donde nunca pudieron sacarlo. Cuando años más tarde bajé por el río noté que sus restos se habían transformado en una isleta de arenas llevadas allí por la corriente; en su puente crecían ya algunos árboles.

Después de haberse inaugurado en el río la navegación a vapor se han construido algunas casas en El Castillo, lugar que promete convertirse en un pueblito. En 1855 ya había varios hoteles en donde los viajeros dejaban dos o tres mil dólares cada dos semanas en las pocas horas que paraban allí para cambiar de vapor. Fue la intromisión del filibustero William Walker lo que poco después paralizó el desarrollo de ese naciente poblado y el tránsito interoceánico a través de Nicaragua.

Pasados los raudales el río se vuelve casi un estanque, y el nombre de *aguas muertas** que se le da se ajusta bastante a la verdad. Es profundo y calmo, abunda en peces, y tiene riberas bajas y pantanosas en las que reaparecen los macizos de palmeras de su delta.

Una vez remontado este último tramo del río surge a la vista el Lago de Nicaragua. Sobre un pequeño promontorio formado por el lago y la cabecera del río —punto al que dan el altisonante nombre de Fuerte de San Carlos— está la aduana. Varias casas se agrupan allí protegidas por unos cuantos soldados que, cuando se hace necesario, obligan a los renuentes a pagar los derechos aduaneros. Existen aquí las ruinas de un viejo castillo español que la voracidad de la selva se ha tragado ya ocultándolas totalmente.

El paisaje que desde esa loma se contempla es de grandeza única. Extiéndese a sus pies un piélagó constelado en las cercanías por varias isletas muy verdes, y por el noroeste la vista se pierde en un horizonte sin fin. Hacia la izquierda la ribera, baja y boscosa, arranca desde la cabecera del río y se alarga en esa dirección hasta perderse en la distancia del horizonte occidental. Una cadena de montañas verde-oscuro se eleva en su parte posterior ocultando una región desconocida de Costa Rica. Comprende varios volcanes activos que en 1854 iluminaron con altas llamaradas y corrientadas de lava al rojo vivo la superficie del lago. A la derecha la vista topa con unos montes; pero a corta distancia de la margen del lago se divisa una larga línea de alturas disperejas con las montañas de Chontales al fondo, que son como un muro de las llanuras de la costa Mosquitia. Por ese lado se vé una infinita variedad de cerros y de valles, de llanos y montañas. Allá en la lejanía de enfrente irrumpen los dos conos volcánicos de la isla de Ometepe, desdibujados, y como la refracción solar hace resaltar sus formas parece que bogaran en el lago.

En el mismo punto en donde el río San Juan se aleja del lago, el río Frio entra en él. Este río baja de las montañas de Costa Rica bañando tierras muy escasamente pobladas que, se asegura, nunca ha pisado la planta del hombre civilizado. Habita esas tupidas selvas una tribu de indios belicosos que se niegan a tener ninguna comunicación con el resto

* (Así en español).

del mundo. Dicese que tienen la tez muy blanca, por lo cual se les llama indios "guatusos". (Este es un animal de pelo café-rojizo; de ahí el sobrenombre). Es bien sabido que no sólo impiden a los extranjeros entrar en sus dominios, sino que matan a los de su propia gente que después de haber vivido en los pueblos civilizados de las inmediaciones regresan al seno de su tribu. Verdad o mentira, algunos —si es que en realidad pertenecen a esa tribu— se pasan a vivir a Tortugas, caserío nicaragüense de la margen occidental del lago ubicado unas ocho o diez millas al sureste del puercecito de La Virgen. Un caballero nicaragüense residente en Tortugas y colector de datos referentes a estos indios, asegura que con frecuencia muchos de ellos toman a sus propias hijas por esposas. Cuando estuve en California supe de un joven alemán fincado entonces en los alrededores de San Francisco que narra una aventura vivida entre esos indios. Si bien el propio hombre no me contó a mí el cuento, lo creo porque la persona que me lo repitió es muy veraz, y me aseguró haberlo oído de labios del protagonista. Por eso lo relato aquí. El alemán se dirigía a California. Estando en San Carlos riñó con sus compañeros de viaje, y temiendo verse envuelto en una pelea a tiros o cuchilladas, tomó la desesperada resolución de cruzarse a nado el río y ganar la otra orilla, en donde cayó en manos de una partida de esos indios. Lo ataron a un árbol y se reunieron en consejo para ver en qué forma —o al menos eso pensó él— debían matarlo. Mas de pronto, tal como ya se ha visto en circunstancias similares, una joven hija del cacique, en un súbito arrebató de pasión se abalanzó con los brazos abiertos a donde estaba amarrado mi paisano de ojos azules. Su abrazo le salvó la vida. Por supuesto que se casó con ella, y, ya como consorte de la princesa india, vivió unos meses en la selva hasta que un día su ingrato corazón, haciéndole olvidar a su noble esposa, le indujo a echarse de nuevo al río y volver a San Carlos para proseguir, después de este romántico episodio, su viaje a California. Según él contaba, hubiera querido seguir viviendo entre esos indios, pero la falta de confort en esas remotidades le hizo fastidiosa su luna de miel. El invierno se lo pasaba la tribu encaramada en los ganchos y ramas de los árboles, y elogiaba él muy de veras la destreza con que ellos para viajar saltaban de rama en rama; pero no podía seguir el vuelo de su agilísima esposa. Siempre que había luna llena se reunía la tribu en consejo, y el cacique fijaba entonces en dónde y cuándo debían congregarse la próxima vez; y asimismo todo lo que hacían de común acuerdo estaba regulado por las fases de la luna.

Unos años antes de mi primera visita a Nicaragua, el comandante del Fuerte San Carlos organizó una expedición con el fin de explorar la región del río Frío que se dice es rica en oro. El pequeño grupo de soldados, habiendo llegado a una ranchería de la orilla del río desocupada por los indios, descansaba confiadamente bajo la sombra de unos árboles en la margen de la selva, cuando se vieron repentinamente bajo una lluvia de flechas. Total, que con la excepción del comandante —que resultó herido pero pudo esconderse entre los carrizales de la orilla hasta que del fuerte llegó un bote a rescatarlo— todos los de la tropa expedicionaria fueron muertos a flechazos.³

³ Mr. E. G. Squier, en su reciente obra titulada "Central American States", da valiosa información referente a los indios "guatusos".

En la aduana de San Carlos abrí mis maletas. Cuando el jefe de inspectores vio en la primera láminas y utensilios de botánica la cerró de golpe. "Este caballero es botanista",* dijo, y ordenó dejarme todo intacto. Me consta que en las naciones hispanoamericanas se tiene en mucho toda disciplina intelectual, conducta ciertamente mucho más digna que la de morir asfixiado bajo la influencia brutalizante de continuas asonadas y revoluciones. Bien puede decirse que entre la población colonial esta cualidad, propia del genio español, se ha acendrado y extendido mucho merced a los viajes y valiosas investigaciones científicas realizadas por el Barón Von Humboldt.

Nueve días nos llevó remontar el río, haciendo unas doce millas por día. En tres más cruzamos el lago. Entre los bogas nicaragüenses parece ser regla general abstenerse de usar los remos aun cuando no haya viento. Antes de salir de las "aguas muertas"* del río los marineros cortaron una vara alta que clavaron en el bongo a guisa de mástil. Se le puso una vela y enfilamos en dirección a Granada. Navegamos de la manera más primitiva que pueda concebirse. Por la noche, cuando todo mundo dormía profundamente a bordo, se dejó al bongo buscar por sí mismo el rumbo. Lo que no quiso hacer, pues cuando al alba desperté vi que su proa apuntaba hacia el mismo lugar de donde habíamos salido. No obstante lo cual, poco a poco fuimos acercándonos a nuestro destino. Tras de haber dejado a un lado los dos volcanes de la isla de Ometepe, comenzamos a ver surgir del agua la cumbre del Mombacho, junto a Granada. Pasamos la isla de Zapotera, célebre por sus ídolos de piedra descubiertos y descritos por Squier. Está deshabitada y puede decirse que es un enorme cerro montañoso, con uno que otro descampado. Al igual que en las otras islas del Lago de Nicaragua abundan en ella venados, chanchos de monte, tigres y monos. Al escribir su nombre lo ponen por lo general así: Zapotero, que en inglés quiere decir "shoemaker". Y aunque yo siempre oí que decían Zapotera, nadie me hará decir a mí sino Zapotera, o sea isla del Zapote. Conforme a su derivación, su nombre se forma de manera análoga al de la isla de Formentera, del grupo de las Baleares. El zapote es una fruta muy común en Nicaragua. La voz azteca es "zapotl". Hay también en el Golfo de Honduras un grupo de islas coralíferas llamadas Cayos de Zapodilla, nombre dado a un árbol de allí. Según Squier, Zapotera se llamaba antiguamente "Chomitl-Tenamitl", palabra compuesta cuya segunda parte aparece también en otra de las islas del lago: Solentiname. Al decir de Buschmann, "tenamitl", en lengua azteca, quiere decir muro de piedras.

Al atardecer del 5 de Diciembre pasamos frente a la más extrema de las isletas, llamadas también Los Corrales. Son más de cien que yacen al pie del Mombacho, y horas después de haber anochecido pisamos la playa de Granada.

* (Así en español).

* (Así en español).

CAPITULO III

Granada y sus contornos — Características geológicas de su suelo — Sus arroyos — Viviendas de la clase humilde — Aborígenes — Paseo a las inmediaciones — La playa — Los Corrales — La Joya — El lago Songozana de Oviedo — Laguna de Salinas — Vida hogareña del autor — Animales domesticados — Hormigas esclavistas — Letrados nicaragüenses y reputación de los filósofos alemanes.

Puesto que durante mi estadía en Nicaragua hice de Granada mi centro de operaciones al que regresaba de todos mis paseos, dedicaré este capítulo a lo que tenga que decir de mi permanencia allí. Tendré sí que recortar la pluma respecto a la descripción de la ciudad propiamente dicha, ya que ahora no es la misma de aquellos días, pues William Walker la convirtió en ruinas, de suerte que una detallada narración de lo que vi entonces resultaría ahora anticuada. Así pues, sólo describiré sus singularidades de más perennidad.

Cuando estuve en Granada tenía unos trece o catorce mil habitantes. Era una ciudad tropical de típico estilo hispanoamericano. A media milla del lago se asienta al pie del lado Norte del extinto volcán Mombacho, sobre un suelo tobáceo muy arenoso. Durante el verano sopla casi continuamente una fresca brisa que se esparce por las calles de la ciudad (vientos alisios procedentes del noreste) y levanta un polvo fino que satura la atmósfera y entra por las puertas y ventanas cubriendo los muebles y demás objetos de manera tal que no basta con limpiarlos cada quince minutos; no puede uno escribir una página sin que sienta acumularse bajo los dedos un montón de arenilla. Y dado que en Nicaragua no se conocen las ventanas de vidrio, no hay modo de protegerse contra los irritantes efectos de un clima que por lo demás es agradabilísimo. Respecto de esto debo decir que los mosquitos son raros en Granada, y también que en lo general no recuerdo haber sido nunca importunado por ellos en los lugares del interior por donde anduve. La arena de que hablo contiene tal cantidad de granos de aquel mismo titanio de San Juan del Norte, que también en Granada puede cogerse con imán en el piso, en las paredes y sobre los muebles de cualquier cuarto de la casa. En el invierno, cuando son

frecuentes las lluvias copiosas, se forman corrientadas en las calles, pero como éstas son convexas, por su lomo se desliza rápidamente el agua dejando la arena limpia ya de lo que sin esa enjuagada sería lodo; de esa suerte los aguaceros lavan las calles de Granada.

Estas lluvias son a veces brutales. Fui testigo de un incidente durante un diluvio que cayó en Granada, cuando un chocoyito, al que habían recordado las alas, se ahogó en nuestro patio porque no pudo volar unos doce o quince pasos para ponerse a salvo dentro de la casa. Después de una hora de lluvia el patio se llenó hasta regular altura, y eso que tenía un albañal de un pie de diámetro.

Varias profundas cañadas que los granadinos llaman arroyos medio circundan la ciudad. Las violentas y copiosas lluvias los agrandan cada vez más; pero sin sombra de duda son fisuras producidas por terremotos. Estos arroyos le dan una singular característica cercándola por dos lados; comienzan por detrás de la ciudad y corren hacia abajo para desembocar en el lago. Uno de los arroyos la aísla completamente de uno de sus barrios, que por esa circunstancia lo llaman muy apropiadamente la Otrabanda. Son pocos los lugares por donde este profundo arroyo puede ser cruzado, y eso sólo pasando por entre cangilones laterales de la fisura principal que apenas dejan lugar para el paso de un hombre, pues sus paredones son muy estrechos y escarpados. El lecho de la fisura principal de esta larga hendedura tiene una camada aluvial, o que ha caído de los paredones erosionados, la cual ahora forma una capa horizontal de varias millas con anchura que en ningún punto es más de unos cuantos pasos, y sus paredones tienen —si es que no me falla la memoria— unos veinte o treinta pies de altura. Su conjunto, desde cierta distancia para arriba, es un camino sombroso bajo las copas de árboles y arbustos que crecen en lo alto de sus bordes juntando arriba sus ramas. En sus paredones, perpendiculares siempre, hay gran variedad de helechos delicados y plantas licopodiáceas, y también bejucos de campánulas moradas. Tienen los paredones muchísimos hoyos y socavones. Algunos de éstos son tan grandes que bien puede un hombre entrar en ellos, y parece que son guaridas de diversos animales; en los hoyos anidan numerosas lechuzas y también hay nidos de pájaros de vistoso plumaje de la familia de los martín pescador, y de un pájaro raro que llaman *guardabarranca*. Su color es verde-azulado, con dos largas plumas caudales.⁴ Cerca de su extremo superior este arroyo se estrecha tanto que en algunos puntos es difícil para una persona cruzarlo, y todo él, sin hacerse menos profundo, termina de repente en un como pozo o tiro de mina, de una angostura tan mínima que penosamente podría un hombre estarse allí de pies, y que si mirara hacia arriba apenas lograría ver un trocito de cielo.

Las viviendas de los barrios e inmediaciones de Granada están dispersas entre arbustos y árboles frutales, o bien ocultas entre el monte que casi por todos lados ciñe a la ciudad. A pocos centenares de pasos de las últi-

⁴ Este parece ser el "*Hylomanes superciliaris*", de la familia de los "*Todidae*".

mas casas de Jalteva —que aunque lo consideran un barrio, y siempre en lo político se opone abiertamente a Granada, pero que en realidad es parte constitutiva de la ciudad— se me cruzó un venado en el camino, y no lo tiré porque creí era un animal domesticado perteneciente a algún vecino; y no podía creer otra cosa. En otra ocasión, de vuelta de un paseo con unos amigos, creyendo que nos habíamos extraviado, dimos de manos a boca con las primeras casas de Granada.

Los ranchos de la gente más pobre, que conforme queda dicho se ven dispersos en los barrios y las afueras de la ciudad, están por lo general ubicados en sitios agradables y se nota en ellos el gusto personal de sus moradores indios o mestizos. Puede el forastero recorrer por semanas esos parajes y todos los días descubrirá nuevas prendas de belleza en la ubicación de algunas humildes viviendas de cañas y techo pajizo; por aquí, en idílico retiro alejado del mundo, el caminito lleva a una casita apenas visible, por allá un rancho destaca su silueta sobre una loma bajo una manchita de árboles, o está enclavado en un claro con vista al lago, a las isletas y a las distantes riberas de Chontales. Y el forastero pasa entre niñitos de piel morena vestidos como Dios los echó al mundo. Allá se les ve jugar en íntima camaradería con chanchos, perros y gallinas bajo la sombra de un naranjo o mango, entre arbustos cundidos de flores; y luego pasa frente a mujeres igualmente morenas a quienes ve, puertas adentro, ocupadas en sus oficios domésticos.

En los barrios y las proximidades de Granada predomina la sangre indígena, y a veces es la única que se ve. En los estratos más bajos de la sociedad se nota una buena dosis de sangre africana. Pero es en el mercado de la ciudad por las mañanas en donde se pone de manifiesto la preponderancia del elemento indígena en toda su pureza. Sin las indias, el mercado estaría vacío. En las primeras horas de la mañana se las ve llegar en largas filas con sus canastos de frutas y hortalizas, con pollos y huevos, carne de venado y pescados, miel de jicote, almidón, maíz y arroz, hamacas, tinajas, jícaras y otros productos de sus huertas y artesanía casera.

Es opinión completamente infundada, y que por cierto tiene muchos incondicionales, que esta gente es por naturaleza haragana. A este respecto todo puede decirse de los nicaragüenses descendientes de españoles, o de cualquier otro país de la América hispana —y bien puede ser que los negros de aquí no quieran trabajar— pero yo sostengo que el indio centroamericano es industrioso por naturaleza, y que, sin lugar a dudas, es el elemento humano más útil y respetable de la América Central. Son ellos de contextura baja, fuertes y robustos, bien proporcionados, y tienen facciones de agradable regularidad. Sus labios son bien delineados, y su dentadura es perfecta. Sus ojos son negrísimos, con una peculiar falta de transparencia o lustre superficial, pero suelen tener una extraña expresión inquisitiva que en las personas jóvenes parece traviesa esquividad, mientras que en los viejos denota cierta cautela y desconfianza.

Para hablar de las más sobresalientes características de la ubicación y de la vida popular de Granada, quiero mencionar primero la costa del lago, al pie de la ciudad. Jamás he visto una escena más alegre que la "playa"* de Granada. El camino de la ciudad a ella pasa por entre árboles y arbustos esmaltados de las más lustrosas flores, entre las cuales se destaca la "poinciana", de panículas escarlata. Y a excepción del mediodía, el camino se ve siempre bastante transitado. Esos bastos y lentos artefactos que son las carretas tiradas por bueyes van y vienen con carga de y para los bongos. Grupos de pizpiretas muchachas, balanceando peligrosamente sus tinajas en la cabeza hablan y ríen abriéndose paso entre flores de jugoso encendimiento y bandadas de mariposas de espléndidos colores. Mujeres morenas, siempre alegres, con motetes de ropa en la cabeza, bajan en fila por las mañanas y regresan a la ciudad cuando ya el sol se va ladeando. Por más de media milla se desparraman en la playa donde, desnudas de medio cuerpo arriba y arrodilladas con el agua a las caderas, aporrean la ropa contra una piedra, la restriegan y luego la enjuagan para en seguida tenderla sobre la limpia arena donde casi al instante se seca con el calor de abajo y los poderosos rayos del tórrido sol nicaragüense. Todas las mañanas y por las tardes centenares de granadinos y granadinas de toda edad se bañan allí en inocente promiscuidad. Se sobreentiende que la modestia, tal como se la concibe en las naciones civilizadas de climas más fríos, no tiene lugar allí; pero debo advertir que las señoritas de las clases superiores observan el más estricto decoro. Estas van a la playa en horas tempranas de la mañana cuando hay poca gente, y alejándose del barullo se bañan en lugares donde no las ven. Observé asimismo —como regla general en este baño público— que las muchachas más jóvenes y bonitas eran más recatadas que las carentes de encantos capaces de atraer la mirada de los hombres, y que en algunos casos de fealdad chocante, la modestia —según el sentir de las más directamente afectadas por la cuestión— no tenía razón de ser. Esta observación, que disiente de un decir de Goethe, no carece de cierto fondo moral. Es apenas de justicia agregar que, por muy pobre que sea la opinión que la gente humilde de Nicaragua tenga acerca de la castidad y la modestia externa, yo nunca vi un solo caso de impudencia o vulgaridad en esa multitud promiscua que es un baño público de ambos sexos.

Cuando rompen los vientos alisios revienta por lo general una fuerte tumazón sobre la playa que muchas veces oí resonar desde mi dormitorio en el centro de la ciudad. El batir de las olas en la arena ha efectuado una separación de sus partes integrantes, conforme a su peso específico; por tal razón es que se ven en la orilla lomas de arena negra compuesta de granos de titanio mezclados con sólo unos cuantos granos de olivino, "spinel" (mineral cristalino de varios colores), "ryokolite", y otros minerales de origen volcánico. Estas substancias fueron lanzadas en una o más erupciones del Mombacho en forma de lava o cenizas, lo cual es causa —o ha contribuido a serlo— de la formación tobácea de esta región. Por todos sus alrededores se ven segmentos de lava incrustados en la toba. Y esta lava suele tener a su vez porciones basálticas, incluso partículas de hierro

* (Así en español).

titanio, de "spinel", y de olivino tricromático (rojo, azul, verde, conforme a los tres ejes) que suele ser de naturaleza traquítica, incluyendo varios minerales de la familia del feldespato, como son el "ryokolite" y otros. La lava basáltica no pocas veces toma forma de roca escoriácea negra y muy pesada, cuyo gran peso específico lo debe sin duda a la considerable proporción de titanio que contiene. Por otra parte, la lava traquítica suele aparecer en condición de piedra pómez, la cual es corriente ver flotar en las aguas del lago.

Un paseo a caballo sobre la costa del lago, rumbo norte o rumbo sur, es de sumo interés y mucho agrado. Los matorrales y los árboles siguen la línea de la playa a unos veinte pasos del agua, de modo que la mayor parte del recorrido se hace bajo sombra; la vista se extiende sobre el lago hasta topar con la larga cordillera que separa a Nicaragua de la Costa Mosquitia. Por el otro lado se ven los dos volcanes de la isla de Ometepe, el enmontado cerro de la isla de Zapotera, y cabe la falda del este del Mombacho está el archipiélago de las Isletas, llamado también Los Corrales.

Son centenares de islitas separadas de tierra firme, y de ellas también entre sí, por un dédalo de estrechos canales. Parece que tuvieron su origen en una deyección lávica del Mombacho, que bajando por su falda del este entró en las aguas frías del lago a cuyo violento contacto se fragmentó convirtiéndose en las numerosas islitas que ahora son. Su rocosidad es lava basáltica, de cierta naturaleza escoriácea; así es por lo menos en algunas de sus partes. Cubren estas islitas árboles de gran porte y frondosidad, cuyas ramas se entrelazan a veces entre una y otra isla para formar túneles de frescura y de verdor bajo los cuales se deslizan las canoas de los indios. Algunas están habitadas, pero generalmente por una sola familia. Y están tan cerca unas de otras que sin ninguna dificultad los que son vecinos conversan a través de los canalitos. Los monos, saltando de rama en rama, se pasan de una a otra isleta. Sus moradores cultivan en ellas plátanos y árboles frutales; tienen chanchos y gallinas y son además pescadores. Todos sus productos los llevan al mercado de Granada. Squier estuvo en una de las islitas exteriores y describió los ídolos que encontró en ella. Pero las del interior no las ha visitado ninguna persona capacitada que pudiera hablar de sus cosas de interés, y me equivocaría de plano si no ofrecieran un rico campo a naturalistas y arqueólogos. La más cercana de ellas queda sólo a dos o tres millas de Granada. Por allí baja hasta la costa del lago la falda del Mombacho, de la cual son prolongación Los Corrales. En ese lugar se interrumpe el paso sobre la costa; y por aquí es bastante difícil llegar al costado sur de aquel volcán apagado largo tiempo ha. El estrecho canal que en este punto separa de tierra firme al archipiélago, es de agua encalmada, cubierta de gamalotes de los cuales alzan vuelo las cobrizas gallinitas de agua de pecho amarillento y puntas cónicas en las alas. El hermoso martín-pescador vuela a ras de la superficie para desaparecer entre la boscosidad de la ribera opuesta. La garza blanca, en hierática postura mira al agua como ensimismada en su propia imagen, y de pronto alza vuelo de entre un carrizal un gran alcaraván cenizo de los llamados de río, u otra zancuda cualquiera.

Hacia el sur de la ciudad se yergue el Mombacho, cuya cima y sus laderas cubre una montaña impenetrable. Junto a él hay unos cerros tapizados en parte por potreros que quedan detrás de la ciudad, unas cuantas millas al suroeste. Subí a la cúspide de uno de ellos y me extasié en el bello panorama de las planicies y del lago. Pero para mí estos cerros tienen otro interés que no quiero dejar de señalar. Es creencia popular, puesto que varias veces lo oí decir en Granada, que están creciendo lenta y continuamente. Esto, por supuesto, no es imposible en una región de tan poderosa actividad volcánica como es Nicaragua; pero nunca logré saber cómo esa gente pudo haberlo comprobado.

En el camino a esos cerros, y como a una milla de la ciudad, hay una profunda hondonada circular. Las tierras que la rodean puede que estén cien o doscientos pies sobre el nivel del lago. Poca duda cabe de que esto fuera antes un cráter. A ella se entra por uno de sus lados, en donde el farallón tiene una hendedura y el nivel general del terreno es más bajo. En el fondo había un chagüite de lozanía exuberante. Al pie del farallón perpendicular de rocas que la enclaustran crecen árboles cuyas ramas cimbras sobrepasan su altura, lo cual dificulta mirar hasta el fondo de ese jardín encantado. Llámase el lugar "La Joya".

Pocas millas al norte de Granada hay una laguna cenagosa que por allí sigue bordeando el lago hasta juntarse al estero de Panaloya, o sea el río de Tipitapa, el cual une al Lago de Nicaragua con el de Managua, o Xolotlán. En el verano es sólo un cenagal con charcos hondos y carrizales; en el invierno se rebalsa y desagua por varios conductos en el Lago de Nicaragua. En esa estación pasan cantidades de peces del lago a la laguna. No tengo por qué dudar que esta sea la laguna de Songozana mencionada por Oviedo en su historia. Squier traduce en su interesante libro sobre Nicaragua un párrafo de aquel cronista español referente a ese lugar, pero parece haber mal interpretado una frase. Cuando Oviedo dice: "El cual lago está a la banda del sur", parece estar en abierta contradicción con la ubicación de la laguna, pero "del sur", con referencia a esto quiere decir hacia el Mar del Sur, así como San Juan del Sur significa San Juan del Mar del Sur, o sea que queda en el Pacífico. Interpretándolo así desaparece toda dificultad relativa a lo que quiso decir Oviedo. En aquellos días abundaban los lagartos en esa laguna, y en sus alrededores eran comunes las panteras negras y otras fieras, todo lo cual incomodaba grandemente a los primeros pobladores españoles. En la actualidad no se ven panteras y los lagartos son cada vez más escasos; pero el cazador encontrará siempre una casi increíble variedad de las más raras aves acuáticas, como decir ánades, gallinitas de agua, garcetas o zarcetas, la más linda especie de patos pequeños color café, chorlitos, garzas, guairones, flamencos, piches, y muchas otras.

En uno de mis paseos por esos alrededores, arrendando mi caballo de la costa del lago hacia un cenagal, tropecé con una boa que medí después de haberla muerto y sólo dio nueve pies de largo, pero era desmesuradamente gruesa para su tamaño y tan pesada que con dificultad pude mon-

tarla en ancas de mi caballo; éste se asustó mucho, pero al fin se dejó. No puedo decir exactamente a qué especie pertenecía el reptil, sólo que se parecía bastante a algunas boas que había visto en zoológicos y bestiarios; y un nicaragüense que pasaba por allí cuando yo la desmenuzaba dijo que se llamaba "bova".* En la panza le encontré diez o doce culebritas con longitud de ocho o diez pulgadas, cuyos sesos pude ver claramente bajo una delicadísima y transparente membrana. Cuando entré en la ciudad con semejante trofeo la población se conmovió, pero no porque creyeran que la culebra fuese un dragón ni yo un San Jorge, sino porque nadie podía comprender que la hubiese llevado hasta mi casa para otra cosa que no fuera para comérmela. Cuando más tarde cogí un sapo grande y lo metí en alcohol, un tipo que me vio hacer eso preguntó a su compañero: "¿Qué harán los extranjeros con los sapos, ah?" "Se los comen", respondió el otro con un indescriptible gesto de menosprecio. Para salvar el honor de las naciones europeas aclaré que los utilizaba para hacer medicamentos. "Para remedios", respondía yo a las preguntas de los curiosos.

En compañía de unos amigos fui un día en excursión a la laguna de Salinas⁵ situada cuatro o cinco millas al oeste de Granada. Tiene aspecto similar a La Joya. En una zona de regular elevación y muy poblada de árboles se abre un abismo circular cuyo fondo ocupa la laguna. Sus farallones no son muy perpendiculares, y un sendero que baja conduce al gran caldero, como bien puede ser denominada esa formación geológica. Pero el abajadero es muy empinado, así que tuvimos que dejar los caballos arriba. Mucho ganado de alguna hacienda vecina y que pulula entre el monte baja diariamente a beber a la laguna. Esta puede tener unas dos o tres millas de circunferencia. Su agua, según dice el Doctor B., que entonces residía en Granada, contiene bastante yodo, y con ella muchos se han curado de granos y diviesos. Tiene un desagradable sabor salobre, y el Doctor B., que nos acompañaba, sufrió una violenta basca por haberla bebido.

El tiempo entre ésta y otras más largas excursiones, de las que hablaré más adelante, me lo pasé en Granada. En ella hice lo que bien puede llamarse mi vida hogareña. Fue siempre un intervalo de descanso dentro de mis quehaceres, así que bajo este pretexto pido al lector prestar atención a unos pocos comentarios de tono menor.

Viví en casa de un médico alemán que por entonces ejercía en la ciudad. Nuestra vida era casi sibarítica en relación al nivel de Nicaragua. Cuando la comida estaba lista llevaban los platos en procesión desde la cocina pasando por en medio del patio hasta el comedor ubicado en un corredor. Los criados portadores de las viandas personificaban la dignidad de la casa caminando en estricto orden jerárquico. Encabezaba la procesión la cocinera, mustia belleza de años atrás que en sus negros cabellos llevaba prendidas frescas flores amarillas; sus pies sin medias calzaban zapatillas sucias de raso blanco con guarniciones doradas, llevaba el rebozo al desgaire sobre

* (Así en español).

⁵ Hoy se llama laguna de Apoyo.

el hombro izquierdo, y un puro en la boca, con un plato en cada mano, y los brazos en ángulo a los lados de la cabeza y en línea horizontal con las orejas. En posturas igualmente estudiadas, aunque con menos pretensión, los otros criados, un hombre y una mujer, venían en pos de aquélla, y siguiéndolos a todos aparecía un muchacho con una poronguita de agua fresca. Vestía él conforme al humilde rango que tenía en la escala doméstica: sombrero de palma y camisa que del cuello le bajaba a la cintura. En el patio de la casa llegamos a tener hasta veinte chocoyitos. En cuanto nos sentábamos a la mesa acudían todos a recibir las boronas que les tirábamos, y era de ver cómo chillaban peleándose por la más grande. Estos animalitos son muy lindos y divertidos, y se domestican fácilmente; y asimismo se encariñan con uno, pues son muy mimosos. Que son así lo demuestra la siguiente conmovedora catástrofe en que perdió la vida uno de esos pajaritos. La mayoría de ellos eran pichones que aún no tenían pareja, pero una vez formalizada ésta guardaban la más estricta fidelidad conyugal. Mas entre ellos salió un macho que tuvo la desconsideración de trastornar la paz matrimonial de una parejita seduciendo a la compañera de un congénere. Cuando éste sintió el peso de toda su vergüenza, hizo cuanto pudo por hacer que su compañera volviera a la senda del deber, mas todo fue en vano. El desdichado amante entonces, con el corazón destrozado, tomó un solitario lugar en la misma percha en donde había pasado noches muy felices pegadito a su compañera. Desde ese día y desde allí no volvió a probar bocado, y una triste mañana amaneció muerto en el piso de la casa.

Mas tarde otro funesto acontecimiento disminuyó el número de los chocoyitos: Teníamos en el patio un venado que de pronto se volvió carnívoro. No cabe duda que a este animal lo degeneró moralmente su contacto con el hombre. Fue en nuestra mesa que aprendió a comer carne —aunque bien cocinada, es la verdad— pero que si esta dieta antinatural para él lo pervirtió, o que el color de hierba verde de los pajaritos lo excitase más al crimen, la cosa es que un día nuestro venado se comió vivo a uno de ellos antes de que pudiéramos rescatarlo. De ahí en adelante el venado siguió los instintos de las fieras devorando chocoyos, patos y gallinas hasta que al fin nos vimos precisados a deshacernos de su peligrosa compañía.

Tuvimos también en casa otro animal travieso: un pizote. Un autor contemporáneo que escribe sobre la América Central identifica erróneamente al pizote con el mapache, o mapachín. El pizote es el "*Nasua fusca*". Este animal se domestica fácilmente, pero ninguna prevención ni castigo impide que haga trastadas. Mató un día a un pollo y lo encadenamos. Desayunándonos estábamos otro día cuando de pronto apareció de quién sabe dónde, y con la cadena a rastras saltó sobre la mesa volcando la azucarera, luego metió su larga y peluda cola en nuestras tazas de café con leche y con ella nos escobilló la cara. Lo castigamos sin piedad y lo encerramos cuidadosamente, pero unos minutos después reapareció feliz dando brinquitos con un pollito en la boca. Se amenazó al criminal con darle muerte allí no más, pero escapó al tejado y al rato la cocinera lo encontró haciendo torerías en la despensa.

Tuve en la casa varias oportunidades de observar las costumbres de distintas clases de hormigas. Todas son muy inofensivas y hasta útiles. Cierta vez fui testigo de un caso demostrativo de la concertada organización de una multitud de ellas. Eran de una especie diminuta, pero por el orden admirable y la rapidez con que trabajaban juntas —cosa que aún para los hombres es difícil— pudieron realizar una tarea al parecer imposible para sus aptitudes. Acarrearon un alacrán muerto de gran tamaño desde el piso al techo interior, y de allí por un buen trecho en la superficie inferior de una viga, hasta dejarlo en un hueco de la madera. A todo lo largo de la última parte de su trabajo sostuvieron el peso del alacrán caminando patas arriba. Y lo hicieron tan a conciencia que no se notó ni el más leve desvío de una absoluta simetría e igualdad de distancias y en la manera de prenderse al cuerpo del alacrán mientras se movía el pequeño ejército de obreras. Ningún grupo de ingenieros hubiera podido llevar a cabo una operación mecánica de manera tan perfecta. A ojo de buen cubero pude calcular en quinientas o seiscientas el número de estas inteligentes criaturas que tomaron parte en el trabajo. No se vio a nadie por allí que no arripara el hombro. Una sola iba sentada en la punta del agujón del alacrán, igual que si un capataz fuera vigilando y dirigiendo el trabajo; todas las demás, sin excepción alguna, acarreaban la carga. La faena les llevó alrededor de una hora.

En otra ocasión vi el éxodo de todo un pueblo o mancomunidad de hormigas de un hoyo en la pared, cruzando un corredor, hasta otro hoyo de la pared opuesta. En este caso dos cosas me llamaron la atención. Primero fue la marcha de estos insectos yendo todos en una misma dirección. Los había entre ellos de tan diferente tamaño y forma que difícilmente parecían ser de una misma especie, lo cual hacía pensar que fuese una mancomunidad de himenópteros de distintas nacionalidades. El segundo caso fue ver que algunos pequeños escarabajos de la familia de los "*coccinellidae*" marchaban junto con las hormigas de un hoyo a otro, aunque no voluntariamente, pues observé que varias veces uno de ellos intentó salirse de la fila y fue rápidamente devuelto por algunas de las hormigas que a su lado iban custodiándolo. Es muy conocido el hecho de que en los nidos de las hormigas viven también pequeños escarabajos de aquella familia, pero es de sumo interés saber que este caso se repite en distintos climas, con diferentes especies de insectos de ambas tribus, y bajo circunstancias adversas.

No fueron muchas las amistades que hice entre los granadinos. El desventurado General Ponciano Corral, hombre de excelente carácter, quien por entonces era comandante militar de la plaza, pero que años después sería fusilado por orden de William Walker, me llevó un día a visitar al Padre Vigil, miembro distinguido del clero nicaraguense; el mismo que a la vuelta de unos años sería enviado por el gobierno del filibustero como ministro de Nicaragua en Washington. La conversación que sostuvimos, en la cual intervinieron otras eminentes personas, giró sobre el tópico favorito de los hispanoamericanos: las minas. Todos los caballeros allí presentes tenían participación económica en una mina de Chontales que producía un mineral amarillo respecto del cual existía la duda de si sería oro o no. En

el curso de la conversación me preguntaron cuál de los planetas era el que producía el oro y cuál la plata. El Padre Vigil es un hombre de vasta ilustración religiosa, y siempre ha sido liberal, y también siempre afecto a los extranjeros. Mientras viví en Granada el tema de sus sermones en la catedral fue invariablemente la tolerancia religiosa y la hospitalidad.

No dejó de interesarme la amistad que hice con dos hermanos, jóvenes pertenecientes a una de las más distinguidas familias del país. Uno de ellos tenía un puesto de gobierno en la capital; el otro había estudiado medicina en la Universidad de León y comenzaba a ejercer en Granada. Ambos eran famosos en sus disciplinas científicas y literarias. Sin embargo, el doctor parecía más fuerte en filosofía que en medicina. Los granadinos, muy dados a calificar con un apodo el carácter de las personas, le encajaron "Doctor Matagente". Pero siendo inclinado a la metafísica se sentía enormemente atraído por la filosofía alemana, en la cual se había iniciado leyendo libros franceses llegados de algún modo a Nicaragua. "Los alemanes", apuntó, "tienen un gran filósofo llamado Schlegel autor de un libro titulado *Filosofía de la Vida*. Y tienen otro gran filósofo de apellido Hegel, pero a éste es muy difícil entenderlo". "Alemania", siguió diciendo, "es la nación más científica, la más filosófica, la más profunda",* encomio rendido a la nación alemana que no esperaba oír en aquella parte del mundo; mas si tomamos en cuenta que los alemanes no tenían un hombre como el Ministro de Gran Bretaña Mr. Chatfield para hacernos respetar en la América Central, pensé que aquello era ya bastante. El hermano del doctor —el político— ha escrito varios folletos. Leyendo uno de ellos me di cuenta de cómo las escuelas y sistemas filosóficos, aun cuando no se entiendan, difunden su influencia en el mundo, y cómo hasta los más abstractos metafísicos de Alemania no debieran olvidar, y en especial si tienen la desgracia de ser traducidos al francés, que pueden causar perjuicios en Nicaragua. El escritor nicaragüense de quien hablo, el hermano del admirador de Schlegel y de Hegel, es autor de un ensayo sobre las revoluciones nicaragüenses en que cita a Tácito y a Puffendorf, a Ancillon y Vattel, Guizot y Louis Blan, a Madame de Stael y a Montesquieu, Droz y Matter, a Necker y a Mirabeau; y habla de idealismo y antagonismo, de aspirantismo y de dualismo, de proselitismo, de anacronismo, y así de otros principios igualmente peligrosos.

* (Todo esto último está en español).

CAPITULO IV

El pueblo indio de Jinotepe — Cardones y yuca — La meseta que divide al Pacífico del Atlántico — Clima de esta región — Cañaverales y cafetales — Delimitación de las diferentes razas aborígenes — Lenguas indígenas de Nicaragua — Voces nahuas en los idiomas del país — Toponimia azteca — Supuestas minas de oro — Hospitalidad indígena.

A fines de Diciembre fui a Jinotepe, pueblo indio grande situado unas veinte millas al suroeste de Granada. El propósito de mi viaje era examinar una veta de mena de plata que según referencias se hallaba en aquella vecindad. Las muestras que me habían enseñado tenían bastante mena de plata roja, junto con gran cantidad de antimonio azufrado.

El camino a Jinotepe cruza una sierra que arrancando del Mombacho toma rumbo al volcán de Masaya. A la izquierda del camino hay un manantial que, por ser lo que es, llámase La Fuente. En Nicaragua son raros los manantiales.

Traspuesta la sierra se despliega un variado y ameno panorama de muchas lomas. Entre el monte aparecen de cuando en cuando ranchitos con sus chagüites. Pasé por el pueblito de Diriá en donde por primera vez vi los cardones y cierta especie de yuca, alta como un árbol; la llaman espadillo. Al cardón le dicen también órgano. Ambas plantas abundan en la región más occidental de Nicaragua, lo que le da alguna semejanza con la meseta mexicana. Pueblos hay en los que se siembran estas plantas que hacen de cercos para proteger huertas y jardines. Puede con razón llamárseles muro vegetal, que por único defecto tienen el de crecer demasiado alto si no se cortan. Esta cactácea se eleva a veces quince o veinte pies. Nada es más fácil que hacer con ella un cerco. Se cortan sus troncos columnarios dividiéndolos en trozos de regular tamaño, y luego, teniendo cuidado de no invertirlos, se siembran juntos uno de otro, y allí comienzas a enraizar y a crecer. En las zonas más orientales, que son más húmedas, se siembra la piñuela —cierta clase de bromeliácea— que sirve también de cerco.

La mitad occidental del camino pasa por una planicie sin árboles ni matorrales que llaman Llano de Jinotepe. Esta es la parte central de una llanura ondulada que divide la vertiente del Pacífico de la del Atlántico. Hacia el norte de esta llanura se divisa el volcán Masaya que se junta a la llamada Sierra de Masatepe; en una loma de ésta, en la que crecen altas palmeras, está el pueblo de ese nombre. Hacia el noreste está el Mombacho, y por su lado sur, pasando el pueblo de Diriomo, la llanura desciende en suave declive al lago, y entonces cambia la fisonomía de la vegetación convirtiéndose en algo parecido a un parque con pringues de árboles y matorrales. Este cambio parece ser efecto de la mayor humedad climática del lado suroeste del Mombacho. Tal como sucede con otros altos volcanes de esta región, su falda de ese costado es húmeda, aún en el verano —cuando los alrededores están abrasados por el sol— debido a una casi diaria exudación atmosférica de carácter local tan limitado que apenas si se extiende a poco más de su base. Cuando se va cruzando la llanura se produce el espejismo de ver un vasto lago con numerosas islas boscosas; es una ilusión óptica fantástica e inesperada.

Jinotepe, en el extremo occidental de la llanura, de la cual lo separa una hondonada en donde vuelven a verse árboles, se asienta en la parte más alta de la llanura ondulada ya dicha. A poca distancia del pueblo están los manantiales de unas quebradas que vierten sus aguas en el Pacífico; van a él pasando rápidamente por entre desfiladeros montañosos en los que descuellan árboles altos y corpulentos. Jinotepe está en un punto equidistante entre el mar y Granada. Algunos mapas que colocan a este pueblo más cerca de la costa están errados. El clima de Jinotepe, por estar a regular altura sobre el nivel del mar, es fresco y tonificante. En las primeras horas de aquella mañana era el frío tan penetrante que sentí la falta de mis guantes. Este lugar es, muy probablemente, tan saludable como el más del mundo. El censo de 1847 le pone 4,650 habitantes, con 255 nacimientos y 83 defunciones anuales; tiene una temperatura media de 15° Réamur, de la que, conforme a la generalidad del clima de la América Central, sus grados extremos no se apartan mucho. Sus habitantes, indios en su gran mayoría, son gente muy industriosa. Son los que más cultivan la caña de azúcar en Nicaragua, y tanto así que durante mi excursión allá oí siempre el ríspido rechinado de los mayales de sus trapiches movidos por tracción animal. En los últimos tiempos se ha introducido también en Jinotepe el cultivo del café, y no cabe duda de que su topografía y clima son propicios para eso. En sus inmediaciones hay además algunas haciendas de ganado. El mismo censo de 1847 anota la exportación de cien quintales de queso y varios miles de cueros.

La gente de este pueblo es muy inteligente y bien educada. Dos de sus caballeros más significados, uno a cada lado mío, me llevaron de paseo a enseñarme lo más notable del lugar. Todo allí era limpieza y nitidez. La plaza frente a la iglesia, edificio de cierta pretensión no terminado aún, estaba tapizada de grama verde y fresca, lo que le daba un aire europeo o norteamericano; mas su diáfano cielo azul, la fragante dulzura del aire,

los troncos erectos de los cardones columnarios, las matas de espadillo, y los plantíos de penca, hacían fuerte contraste con lo otro.

No sé si la población de Jinotepe es de nahuas o de dirianes. Ya no hablan la lengua de sus abuelos. Se me dijo que aún quedaban algunos viejos que sí la hablaban, pero cuando yo estuve allí no pude recoger ningún dato al respecto. En cuanto a su fisonomía y maneras, el tipo indígena no puede confundirse con ningún otro. En mi paseo por las calles vi mujeres jóvenes vestidas de sólo la cintura para abajo, pero con flores en los cabellos, paradas en la acera de sus casas y que sólo se apartaban un poquito cuando yo me acercaba. Del nombre que lleva el pueblo, las dos últimas sílabas, "tepet", son de origen nahua, ya que "tepetl"⁶ es cerro en esa lengua. Dijéronme que el nombre entero quería decir literalmente "viento-cerro". Las dos primeras sílabas son de raíz desconocida. Existen razones para creer que Jinotepe fue el viejo punto fronterizo que dividía a una rama de los nahuas llegada a Nicaragua, de otra comarca o señorío de indios llamados dirianes, o chorotegas. De acuerdo con lo que dejaron escrito Oviedo y otros cronistas españoles, cuando éstos llegaron a Nicaragua allí se hablaban cinco lenguas. Una era la de los chontales que poblaban la zona montañosa del noreste del Lago de Nicaragua. De esa lengua y de ellos hablaré en otro capítulo, cuando relate mi excursión al departamento de Chontales y a la meseta de la Mosquitia superior. Entre las cuatro lenguas indígenas que subsisten, la nahuatl es la más importante. Las islas del Lago de Nicaragua y el istmo de Rivas parecen ser la región más meridional del país habitada por los nahuas; y es una rama de la nación separada del tronco que ha ocupado esta reducida zona enclavada entre otras tribus indígenas. Squier fue quien hizo el descubrimiento de que la lengua de los actuales habitantes de la isla de Ometepe es la nahuatl. El nombre de la isla se compone de dos palabras: "ome", que es dos, y "tepetl" cerro; ambas palabras describen la naturaleza geográfica de la isla que es de dos picos volcánicos enlazados por una estrecha y bajísima faja de tierra. La región habitada hoy por esa rama de la nación nahua, es lo que originalmente fue Nicaragua, nombre que ahora se da a todo el país, pero que en tiempos de la conquista se aplicaba a sólo aquella región; y aún hoy día cuando los granadinos y otras gentes de la república van de camino a Rivas o a San Jorge, o bien a cualquier otro lugar de por allí, dicen que van a Nicaragua. Squier, apoyándose si no me equivoco en Oviedo, reapplica el antiguo nombre de niquiranos a estos nahuas nicaraguenses. En los días del descubrimiento, otro señorío, el de los orotíñas, tenía su asiento al sur de ellos, en el Golfo de Nicoya, mientras que al norte, en los distritos de Granada, Masaya, Tipitapa, Managua, Diriá, Diriamba, etc., estaban los dirianes. Más allá, hacía el noroeste, en la comarca de León, vivían los nagrاندanos, y más lejos aún, en el Golfo de Fonseca, los cholutecas.

⁶ La terminación original en "tl" se suprime del todo o pierde la "l", o bien pasa a ser "c" en el resto del idioma nahua en Nicaragua, y parece que lo mismo ocurre en otras partes de la América Central y en México. En Nicaragua, por ejemplo, existen nombres como "Jinotepe", "Jinotepec", "Jinotet", "Masatepec", "Masatepe" y "Masatepet", en vez del original "Jinotepetl" y "Masatepetl".

Estos cuatro señoríos —dirianes, orotiñas, nagrandanos y cholutecas— en conjunto, deben haber hablado *tres* lenguas, para completar las cinco que, siguiendo a los cronistas, hablaban entonces los aborígenes de Nicaragua; y, desde luego, queda todavía por averiguar cuáles de dos señoríos hablaban una misma lengua. Dos de estas tres —la de los dirianes y la de los nagrandanos— se hablan todavía, y Squier publicó sendos vocabularios de ellas con bosquejos de sus estructuras gramaticales; el vocabulario de los dirianes lo recogió en Masaya, y el de los chorotegas entre los indios subtiabas de León. Sin embargo, nada sabemos a estas alturas de las lenguas de los otros dos señoríos, los orotiñas y los cholutecas. Squier se inclina a creer que la lengua de los orotiñas era la misma de los nagrandanos. Entre los nombres geográficos del país habitado por los primeros, está Orosí, volcán de Costa Rica; y uno de los volcanes de la cadena de los Maribios, cerca de León, en la antigua comarca de los nagrandanos, se llama Orotá. Es muy probable que ambos nombres tengan la misma etimología, y puede ello considerarse un indicio de afinidad entre una y otra tribu. La cuestión podría resolverse todavía si en el departamento de Guanacaste —territorio actualmente en litigio entre Nicaragua y Costa Rica— pudieran encontrarse remanentes de la antigua lengua. Otro supuesto sería, no obstante, distribuir las tres lenguas entre las cuatro tribus. Puede que los cholutecas hubieras hablado un dialecto nahuatl, y por ende la misma lengua que los niquiranos. De acuerdo con Sahagún, una de las siete tribus nahuatlacas —todas las cuales hablaban nahua— era conocida como los chololtecas, vocablo que en su forma original era “chololtecatl” y quería decir oriundo de Cholula. Luego, si los cholutecas de la región vecina al Golfo de Fonseca fueron una rama de los chololtecas de México —el nombre simplemente adulterado por la pronunciación corrompida de las otras tribus nicaragüenses— tuvieron que haber hablado nahuatl, lo cual equivale a decir que hablaban la misma lengua de los niquiranos o sea los verdaderos nicaraos. La abundancia de nombres geográficos de origen nahuatl, que aparecen dispersos en la región septentrional de Nicaragua, parece corroborar esta opinión. Mas hay un detalle que la refuta. Los viejos cronistas tienen una tercera forma de lo que al parecer es la misma palabra. Y esta es el nombre de los chorotegas. Esta última palabra, por tanto, tenía una aceptación de mayor alcance que la primera, y solía aplicársela a las cuatro tribus mencionadas. Oviedo, por otra parte, se sirve indistintamente de los nombres dirianes y chorotegas para aplicárselos a la misma tribu, cuya lengua es a suficiencia conocida para probar que no tiene ninguna afinidad con la nahuatl. De estos hechos se deduce que el vocablo chorotega debe haber tenido más de un significado, pero que nada tenía que ver con afinidad de tribus, y más probablemente explique alguna vieja relación de orden político de los cholutecas con tribus que hablaban una lengua diferente de la últimamente mencionada. En esta extendida aplicación histórica se vulgarizó el nombre, en tanto que la casta de los “nobles”, es decir los auténticos cholutecas, que bien pudieron haber sido una rama de los chololtecas de México, conservaron la forma más pura de la denominación. Cualquiera que sea pues la verdadera explicación de estas complejidades, la cuestión referente a la lengua de los cholutecas de Nicaragua podría resolverse haciendo un estudio en

el departamento de Choluteca, en Honduras, contiguo al Golfo de Fonseca, y en los departamentos nicaragüenses de Nueva Segovia y Matagalpa.

En cuanto al pueblo de Jinotepe, Buschmann, de Berlín, muy interesado en la investigación de las lenguas americanas, y autor de un trabajo sobre la toponimia azteca,⁷ no encontró traducción a las dos primeras sílabas, pero a mí me dijeron que el nombre entero significaba “cerro del viento”; “Jino” pudiera ser contracción de la palabra “Chiquinau”, que —según Oviedo— era uno de los dos nombres dados al dios del viento por los aborígenes de Nicaragua. El otro nombre era “Hecat”, que es la voz azteca “Ehecatl”, es decir viento. “Chiquinau”, por consiguiente, tiene que haber sido el nombre de la deidad, o bien del elemento aire, en la lengua diriana, y el nombre de Jinotepe, viene a ser un compuesto de dos palabras derivadas de dos lenguas. Lo mismo parece ocurrir con el nombre del vecino pueblo de Masatepe, aunque Buschmann lo traduce como cerro del venado, del azteca “mazatl”, que es venado. Este pueblo, sin embargo, está muy cerca de Masaya, y, al igual que Jinotepe, se asienta en la raya fronteriza de las dos lenguas: la nahuatl y la diriana. En esta última, ateniéndonos a Oviedo, la palabra Masaya significa “monte que arde”. Según los nahuas vecinos de los dirianes, el volcán a cuyo pie se asienta Masaya se llama Popogatepec, “monte humeante”, sinónimo del famoso Popocatepetl, de México. Por consiguiente, el nombre del pueblo de Masatepe parece ser también un nombre compuesto de dos palabras correspondientes a dos lenguas, ya que la primera parte parece tener relación con el nombre de la de la ciudad y el volcán de Masaya.

La injertación de la lengua nahuatl en las otras de la América Central es un hecho interesante que puede arrojar luz respecto de la migración de las razas aborígenes americanas y de la historia de su civilización. En Nicaragua, en donde —por cuanto sabemos— en tiempos de la conquista sólo existía una rama de la raza nahua, el castellano que se habla allí ha absorbido muchos vocablos nahuatlacas; ejemplos: “moyote”, que significa mosquito, en nahuatl es “moyotl”; “zacate”, hierba, en nahuatl es “sacatl”; “mecate”, cuerda, en nahuatl es “mecatl”; “metate”, la piedra de moler maíz, en nahuatl es “metatl”. Las tres últimas palabras, como muchas otras, son de uso común en el español que se habla en México. A un precioso pajarito rojo que se ve con frecuencia en Nicaragua, se le llama “cicitote”. Su nombre se compone sin duda de dos voces nahuatlacas, “chiciltic”, que es rojo, y “tototl” que es pájaro. Hay sin embargo un caso de particular interés como ejemplo de la adopción de voces nahuatlacas por el idioma español que se habla en Nicaragua. En la vida doméstica de Granada la palabra “pipe” se usa para honrar afectuosamente a hombres de superior jerarquía social o de mayor distinción y cariño. Los hermanos menores hablan al mayor en esa forma. Oí por primera vez esa palabra durante una intervención quirúrgica, en la que una jovencita clamaba continuamente: “¡Ay, doctorcito!”, “Ay, mi hermano!”, “¡Ay, pipe!”. Pregunté y me explicaron. Hoy en día, a los de una tribu

⁷ “Ueber die Aztekischen Ortsnamen”, Von Joh. Carl Ed. Buschmann, Berlín, 1853.

nahua afincada en El Salvador se les llama "pipiles". Esta voz, según Buschman, es nahuatl. "Pipili", dice él, es reduplicación de "pili", que tiene la doble acepción de "niño" y "noble" (lo mismo que la palabra alemana "junker"), y que, en el significado compuesto de "niño noble", se usa como nombre de la tribu de El Salvador, y también como expresión de cariño y respeto en la vida doméstica de Granada. Esta ciudad, sin embargo, se asienta en el mismo lugar de una vieja población de los chorotegas o dirianes, NO de los niquiranos, y el elemento nahua de su sociedad, por consiguiente, debe haber sido introducido desde aquella Nicaragua primitiva y desde las islas del lago; al paso que la población de su barrio indígena de Jalteva sigue siendo estrictamente diriana. Cabe observar aquí el hecho de que en las disensiones políticas del país los jaltevanos han respaldado siempre a León contra Granada, mientras que los granadinos han contado invariablemente con el apoyo de todos los nahuas de la Nicaragua primitiva. Este hecho demuestra que las viejas animosidades de los diferentes señoríos indios siguen siendo la raíz de las actuales guerras civiles de la América Central.

Pero ya casi iba olvidando mi visita a Jinotepe.

La noticia de la llegada de un caballero extranjero a Jinotepe con el propósito de examinar las minas había alborotado a la ciudadanía. Gentes de ambos sexos acudieron a saludarme. Distingúase entre todos un grupo de viejas que me acosaban hablándome todo el tiempo de minas de oro y minas de plata, de metales amarillos y metales blancos, y de ciertas lucecitas y llamas que se veían de noche a las que llamaban carbunclos, y las creían destellos de aquellos metales. A medida que soltaban la lengua, se excitaban más y más y su fantasía se estiraba a la par; hablaban extravagancias con vivos aspavientos. Un grupo de muchachos desnudos —bocas y ojos abiertos— oían todo de pies o sentados. Un chavalito me llamó especialmente la atención. Sentado en el suelo, su monstruosa barriga descansaba sobre las piernas cruzadas. Teniendo en posición vertical las plantas de los pies se cogía con cada mano uno de sus grandes dedos y me miraba todo el tiempo directamente a la cara. Más que un ser humano parecía el muchacho un ídolo de barro.

Como resultado de mis indagaciones saqué en claro que la ubicación de la mina de plata de que había oído hablar en Granada era inexacta; la veta mineral que tenía intención de ir a ver estaba más distante de Jinotepe que de Granada. Sin embargo, el cura del lugar, para quien llevaba carta de presentación, al explicarme el error se esmeró en hacerme ver que no debía arrepentirme de haber hecho el viaje, pues él había descubierto dos minas de oro en terrenos suyos dignos de ser examinados. Una de las minas se llamaba El Salto, y la otra La Conquista. Ya que estaba allí resolví ir a verlas. El alcalde me facilitó caballo y guía; varios muchachos se ofrecieron de compañía, y partimos en dirección al Pacífico.

El camino, después de dejar a la izquierda el cañaveral del pueblo, cruza un fascinante paisaje de variadas lomas parcialmente enmontadas. Rumbo

al mar el panorama se hace gradualmente más romántico y agreste. Estrechas quebradas bajan en alboroto hacia la costa. Pequeñas corrientes de agua cristalina se deslizan sobre piedras de colores, y con ímpetu creciente van de cascada en cascada hasta entrar en una banda de monte que separa la zona alta de la costa del Pacífico. Pasamos frente a varias haciendas de añil desiertas, cuyas casas de buen tamaño se arruinaban en aquellas soledades. Parece que las piedras de esa zona son de formación terciaria metamórfica, de naturaleza algo clorítica y esquistica. “¡Aquí está la mina!”* exclamó de pronto el guía señalando al barranco de una cañada. Las piedras, de la clase ya nombrada, contenían numerosos y pequeños cristales de marcasita. No es desde luego imposible que algunas partículas de oro acompañen a la marcasita, o pirita, pero el cura dueño de esas tierras que él llamaba mina, no tenía otra razón para reforzar su destinado aserto que el color amarillo y apariencia metálica de la marcasita.

Cuando el guía y los muchachos que me habían seguido me vieron romper y guardarme unos trozos de roca, corrieron a hacer lo mismo. Decirles que las partículas amarillas de las piedras no eran oro hubiera sido inútil. Los pobres caballos eran los que más lástima me daban, pues que ahora, además de los jinetes, tendrían que aguantar el peso del tesoro. En nuestro viaje de regreso el guía se llegó a mi lado para preguntarme en secreto cuántos pesos* costaría la libra de oro. La agitación en el pueblo llegó a tal extremo que tuve que tirar a la calle mi colección de muestras. Y entonces todos también hicieron igual. Un tumulto de muchachos se abalanzó sobre ellas para recogerlas y lanzarlas una y otra vez más y más lejos, y cada vez con mayor fuerza y desprecio. Puedo afirmar que Jinotepe quedó purgado de la ilusoria substancia amarilla.

Había, sin embargo, en la sala donde me encontraba un cura de un pueblo vecino que, con aires de sabidillo, parecía decir: “Eso no es así”. Se le leía en la cara que miraba todo aquello con escepticismo y gravedad. Después de un buen rato de silencio se sacó del bolsón de la sotana una página del “Boletín Oficial” de León. Contenía en sus columnas un bando del ministro de gobernación de Nicaragua haciendo saber que en las inmediaciones de la capital se había hecho un gran descubrimiento. Habíase encontrado un mantillo de polvo de oro más rico que los famosos placeres de California. “Por consiguiente”, terminaba proclamando el bando, “nuestra amada Nicaragua ocupará en breve el honroso puesto que tiene asignado en el concierto de las demás naciones del globo. Este país, favorecido con dádivas por la Divina Providencia, alcanzará su glorioso y feliz destino”. El cura leyó con énfasis declamatorio el bando. Mis observaciones de incredulidad fueron recibidas con desdén, y comprendí que se me miraba como a un hombre que, de puro egoísta, trataba de hacer que la gente no creyera en los tesoros que guardaban las entrañas de su patria amada. No obstante, cuando regresé a Granada ya se sabía que unos yan-

* (Así en español).

* (Así en español).

quis de paso en Nicaragua con procedencia de California habían enterrado una pequeña cantidad de oro en polvo para sacarla después y hacer creer al gobierno —sin saberse con qué fines— que era un hallazgo.

La “mina” que visité fue la de El Salto. La de La Conquista era semejante: la misma piedra, los mismos cubitos de marcasita diseminados en ella. Pero, después de todo, no tenía por qué arrepentirme de ese viaje de veinticuatro millas. En el camino vi paisajes de incomparable amenidad. A mediodía me metí a descansar en casa de una familia indígena. Bordeaban su ranchito metido entre el monte matas de las más raras y bellas flores del país. Esto, como ya apunté, es característico del gusto de los indios nicaragüenses. Junto a sus ranchos he visto algunas plantas y flores de extraordinaria hermosura, que por cierto no he mirado en ninguna otra parte, ni en estado silvestre ni de cultivo, y hasta podría ser de interés histórico estudiar su procedencia regional. Fui muy cortésmente recibido por sus moradores —todas mujeres porque en ese momento no había ningún hombre— y me sirvieron un almuerzo de huevos, chocolate, plátanos y naranjas. Me atendieron de manera muy decente y decorosa, y cuando al despedirme les pregunté cuánto debía, me respondieron que nada, que todo era “de cariño”.

CAPITULO V

Viaje a León — Tipitapa — Interrumpida la comunicación entre los dos lagos — Baja el nivel del lago de Managua — Fuentes termales — Fiesta patronal — Amor de pobre — Teatro — Managua y Mateares — Plata y lignita — En Nicaragua hay ámbar — Nagarote — La cadena volcánica de los Maribios — La Paz Centro — La chachalaca — El General Muñoz — La catedral — Los proletarios de León — Proyecto de colonización francesa — Minas de oro en Matagalpa — Vasta región minera.

El 12 de Enero de 1851 salí de Granada en viaje a León, en aquel tiempo capital de la república. El camino lleva directamente a Masaya, pero habiendo planeado pasar por esa ciudad hasta de regreso, tomé el camino de Tipitapa, pueblo situado 30 millas al norte de Granada, y asentado sobre el río que une los lagos de Managua y Nicaragua, pero que el terremoto de 1844 había secado.

Atravesé un llano cubierto de árboles y arbustos en los que vi y oí muchos monos, loras, lapas, palomas y otros pájaros que no pude reconocer. De paso tiré para mi cena dos lindas palomas de las llamadas morenas. Estas son las más grandes de las siete especies que vi en Nicaragua. Son del mismo tamaño de las palomas caseras conocidas como de Castilla, y de color entre café y rosado. Llegué al atardecer a Tipitapa y me hospedé en casa de uno de los hombres de cuenta del lugar, en donde me acomodé para pasar la noche de la mejor manera que el viajero tiene derecho a esperar en un país de la América Central.

En amaneciendo me fui a ver lo que llaman Río y Salto de Tipitapa, hoy un simple caño por donde antes corría un río, con una roca perpendicular en medio de doce a quince pies de altura, y que formaría una cascada si le pasara agua por encima. Este es el estado actual del Río y Salto de Tipitapa, o más bien dicho era su estado cuando pasé por allí. Se me dijo después que el río dejó de correr como consecuencia del terremoto mencionado. Mas esto no debe tomarse al pie de la letra. Puede ser que en el invierno pase sobre la roca un hilito de agua, y es muy probable que así sea porque tal vez en el lecho del río haya manantiales de agua caliente.

Yo sólo vi unas pozas de agua estancada que en el invierno quizá contribuyan a formar una corriente. La parte baja del cauce del viejo río es hoy como un brazo angosto del Lago de Nicaragua que se prolonga aguas arriba hasta las inmediaciones del "Salto", y se llama Estero de Panaloya. De éste hablaré más adelante. Hacer un estudio de las alteraciones que ha sufrido el sistema hidrográfico de esta región causadas por el susodicho terremoto, me hubiera llevado más tiempo del que disponía; pero la principal razón de no haber podido hacerlo es que lo del terremoto no lo supe sino hasta que estuve de vuelta en Granada. En Tipitapa nadie me dijo palabra de eso. A mi paso por la orilla del lago de Managua vi muestras evidentes de niveles más altos dejados por las aguas del lago que han ido descendiendo gradualmente, o a intervalos, como bien puede verse en las muchas huellas dejadas en las rocas. Si el repentino descenso del lago fue producido por el terremoto, la lenta y gradual substracción de sus aguas, que según creo sigue todavía, puede haber sido causada por la acción combinada del drenaje subterráneo y la evaporación; y acaso esto último sólo baste para explicar el hecho. Este lago es poco profundo, salvo en el centro. Bañándome cerca de Mateares noté que uno puede adentrarse mucho en él, y se me dijo allí que a caballo se puede ir hasta la isla de Momotombito, distante doce o quince millas de la orilla. No sabría decir si esto es cierto o no, pero por haber observado la naturaleza del fondo del lago lo creo factible. Por cuanto vi, puedo decir que el lago se asienta sobre un manto horizontal de lava.

Repetidas veces se ha escrito acerca de la navegación del río San Juan en el pasado, diciéndose que desde España venían fragatas que remontándolo entraban al lago y fondeaban en Granada. Siendo esto ahora absolutamente imposible, como el lector se habrá dado cuenta por la reseña que hice del raudal de El Castillo, surge entonces la pregunta respecto de la causa del cambio. El raudal de El Castillo, dicese, se hizo impasable debido a que los españoles echaron intencionadamente rocas en su lecho. Quizá sea cierto. Pero, al mismo tiempo, ¿no pudiera ser que un descenso general del nivel del agua en el sistema hidrográfico del río San Juan, con inclusión del lago de Managua, fuera la causa original y primordial de tan importante cambio en medios naturales de comunicación existentes en Nicaragua? No sé si para la proyectada construcción del canal interoceánico se habrá tomado esto en consideración.

Pero, volviendo a Tipitapa, digo que las copiosas fuentes termales que brotan en las orillas del lecho del que fuera río son fuertemente azufradas, y tienen excelentes propiedades curativas. Todo allí huele a hidrógeno azufrado, y las incrustaciones minerales de los contornos de las fuentes son también así. El agua, que hierve permanentemente, tiene gusto a esa substancia; pero el elemento azufrado es menos fuerte de lo que era de esperarse. Es, además, dulzona, y sabe a caldo, lo cual es bastante común en cierta clase de aguas termales. Bebí bastante de ella antes de desayunarme, y mi impresión fue de haber tomado un plato de sopa o una buena taza de café. Muy cerca de esta fuente hay otra de agua pura y fría, y parece que en el fondo del río hay manantiales calientes y fríos, casi jun-

tos. Tiré un cormorán que cayó en una poza de agua fría del río. Cuando mi criado fue a traerlo, entró y pisó de pronto un surtidor de agua caliente que brotaba en medio del agua fría, y por poco se quema. Al pie de la roca hay una grada labrada por la caída del agua y junto a ella una hoya bastante honda y llena. Es tibia y quise bañarme en ella, pero vi que del fondo salían y desaparecían unos lagartos pequeños. Sobre otra roca del centro de esta misma poza vi una iguana del tamaño de un muchacho de diez años; este fue el espécimen más grande de esa repulsiva clase de animales que hasta entonces había visto allá. Y allí mismo supe que esos bichos podían nadar.

Todo el día me lo pasé dando vueltas por ese interesante lugar que es Tipitapa. Era la víspera de la fiesta de Nuestro Señor de Esquipulas, patrono del pueblo que tiene su santuario allí, al que acudían ese día gentes de todos lados. Ya por la tarde Tipitapa era una feria alegre y concurrida. De noche el populacho se distrajo viendo una obra teatral representada por curas. El tema era una payasada en burda imitación del "Tartufo" de Moliere. Se trataba de un hipócrita que hacía por donde seducir a la virtuosa esposa de su mejor amigo. A la mujer también la representaba un curita. Chistes chocarreros y máximas morales salpicaban la obra; la gente reía estrepitosamente y escuchaba sentencias edificantes.

Los numerosos devotos del Señor de Esquipulas que acudían a la fiesta me privaron de las comodidades de que había disfrutado la primera noche. Tuve que ceder mi cama, aquella cama que no era sino una armazón de madera con un cuero crudo atesado —a la usanza del país— y me eché al suelo sobre otro cuero encarrujado en el piso del aposento en que, en una vistosa cama con mosquitero, dormía el dueño de la casa con su joven y bonita esposa.

Al despertar por la mañana vi que el matrimonio ya estaba en pie. La mujer cantaba los "Versos de la Viuda" —canción muy en boga entonces— mientras chorreaba un pichel de agua sobre la cabeza del marido, a quien luego con cariño secó la espalda con una toalla. En seguida la feliz pareja se vistió de fiesta.

Durante la mañana me pasé media hora en el cuarto dando los últimos toques a un dibujo de las fuentes termales. Algunas mujeres miraban. Una, sin saber que yo entendía español, observó en voz alta: "¡Miren, sólo está escribiendo, y suda como si estuviera haciendo un gran trabajo!" "Es que es un caballero muy delicado", apuntó otra.

El 14 continué mi viaje y por la tarde llegué a Mateares, pueblito de la orilla del lago de Managua y a unas cuarenta millas de Tipitapa. De aquí a Managua el camino va por entre montes cercanos al lago, pero de él no se ve nada. Managua, sede del Congreso Nacional, es una ciudad de doce a trece mil habitantes, espléndidamente situada en una eminencia de la costa. Entre este lugar y Mateares se interpone una península jorobada de cerros empinados que penetra en el lago. El camino es recto y cruza

la garganta que une a la península con tierra firme. Este punto es un desfiladero de gran importancia militar. Desde el sudeste de él, el viajero, entre árboles corpulentos del borde del precipicio, contempla a sus pies el lago, mientras que al otro lado de éste su mirada se extasia en los altos volcanes de León, o bien en la más distante cordillera de Matagalpa. El camino desciende gradualmente hacia Mateares y pasa a través de montes poblados de árboles dispersos y baja vegetación, como decir piñuelas y matorrales. Muchos de los árboles y arbustos estaban en plena floración, cundidos de flores amarillas, rosadas y lilas.

En Mateares dormí en hamaca en casa de una jovial y robusta mulata. Doña Juana era famosa por ser la que en todo el camino preparaba el mejor chocolate, y tenía bien ganada su reputación. Le gustaba meterle plática a los viajeros que posaban en su casa, y yo le caí tan bien que hasta encendió un cigarro en sus propios labios para ponérmelo en los míos. Después de la cena llegaron a visitarme algunos de los personajes más prominentes del pueblo con quienes me enfrasqué en una animada conversación durante la cual me preguntaron si era cristiano, y si era verdad que los judíos no eran tan malos como se decía. Mientras me creyeron nativo de Estados Unidos, se expresaron en términos elogiosos para esa gente, pero apenas supieron que era alemán, uno de ellos me preguntó de manera confidencial si no creía yo que "los americanos son bestias".* El hombre retiró la frase cuando le refuté; pero, habiendo ya exteriorizado sus sentimientos, no pudo dejar de expresarse aunque tal vez en forma menos infamante, añadiendo que, por lo menos, "los americanos son demonios, ¡demonios son esos hombres!"*

Allí mismo en Mateares tuve ocasión de conversar con un joven de las más distinguidas familias del país con arraigo en Managua. Me dijo que en la hacienda San Lorenzo, a treinta millas de Mateares y en la costa del Pacífico, había descubierto una mina de azogue. Pero la muestra que me enseñó, en vez de ser cinabrio, resultó ser mineral de plata roja. Esta veta debe estar cerca de la que yo llevaba intención de examinar cuando fui a Jinotepe, y el mineral es probablemente el mismo. Entre Mateares y el Pacífico se encuentran estratos de lignito, y el joven de esta historia se ofreció para llevarme al lugar de una mina de carbón de piedra. Esta es una característica en la geología de la costa del Pacífico de la América Central, y hasta de otras regiones del Pacífico del continente; como, por ejemplo, California, en cuya serranía costera es corriente encontrar pequeños mantos de carbón terciario. En la América Central, entre Costa Rica y El Salvador, hay lignito, y hasta ámbar, y muy probablemente lo haya también más hacia el norte y el sur de esos países. En León vi, en manos del Doctor Gregorio Juárez, y del Cónsul americano Doctor Livingston, pedazos de ámbar, algunos con insectos fosilizados hallados en la bahía de El Tamarindo, y que son producto de formaciones terciarias de carbón. El Doctor Livingston me mostró algunos pedazos de carbón encontrados en

* (Así en español).

* (Así en español también).

las cercanías de León. Eran de color gris-negruzco, bastante duros, con la textura de madera claramente visibles. Dejaba este carbón al ser quemado buena cantidad de ceniza, blanca a veces, y roja otras. En El Salvador estas formaciones de carbón terciario parecen tener suficiente desarrollo capaz ya de prometer cierto grado de importancia futura.

A la mañana siguiente seguí rumbo a La Paz Centro, donde pasé la noche. De aquí a Mateares la distancia es de sólo treinta millas, o poco más. El viaje de Mateares a Nagarote —villorrio a medio camino de La Paz Centro— es de lo más interesante y tiene parajes encantadores. Por cierto trecho pasa bajo la sombra de árboles gigantescos, y la vista se recrea mirando sobre el lago hasta dar con las montañas de Matagalpa y los volcanes de la cadena de los Maribios, comenzando éstos con la isla de Momotombito; Squier la visitó y describió sus ídolos. Viene después el volcán Momotombo, de unos 7,000 pies de altura. Su cima se empenacha con una leve nube de vapor, apenas visible en la atmósfera purísima. Más allá se ve el Asososca, o más correctamente Axosco. Buschmann opina que este nombre se derive tal vez de la voz azteca "ak", que significa agua, y "xotla", encender, o quemar; lo cual vendría a ser "Anochco", o sea Volcán de Agua, como el de Guatemala. Luego están el de Las Pilas, el Orota y el Telica, el Santa Clara y El Viejo, con lo que se completa la lista de esa cadena, pero la vista no alcanza a verlos todos. En ciertos lugares el camino, siempre orillando el lago, pasa por sobre pequeños trechos de arena suelta poblados de arbustos de mimosa, con sus candelillas amarillas de exquisito olor, cualidad por la cual dan al arbusto, productor de la goma arábica, el nombre de aroma.

Nagarote tiene mala fama. Llegué allí a mediodía y almorcé en una hora. Apenas habíamos salido del pueblo cuando mi criado juntó su caballo al mío para decirme: "El señor de la casa es capitán de ladrones".* Por los dos puntos extremos de Nagarote el camino cruza una montaña, que es zona considerada de las más peligrosas del país.

Salí de La Paz Centro en la mañana. Las calles de este pueblo, que es bastante grande, van entre hileras de cardones columnarios —aquellos mismos llamados órganos— y sus casas están un poco adentro protegidas detrás de esos muros vegetales. La primera parte del camino que lleva a León atraviesa una montaña. El sol no había salido aún cuando entré en ella, y por todos lados oí el clamor de la "chachalagua", especie de gallina silvestre o faisán, muy común en las tierras calientes de América Central y México. Nunca pude tirar una de esas aves, de la cual en Honduras se dice que cruzado el macho con la gallina casera produce un gallo híbrido de gran fiereza para la pelea.

Estando ya a pocas leguas de León se entra en campo abierto. Es una hermosísima planicie bien cultivada de maíz. Por la izquierda se alza una serranía que limita con el mar; hacia la derecha está la cadena de volcanes

* (Así en español).

nombrada ya. “¡Allá está León!”, exclamó mi sirviente —mocito de catorce años— con todo el orgullo patriótico de un nicaragüense. Pero recordando que antes que todo era granadino, se le salieron los celos locales y añadió: “León es más grande, pero Granada lo pasa en civilización”.

Corrí a saludar al General Muñoz, en ese tiempo el personaje de más fuste en Nicaragua, para quien llevaba una carta de presentación. Estaba completamente desnudo, pero al entrar yo se echó rápidamente encima una capita, amarilla por fuera y por dentro roja; me recordó vivamente a Pepo-rello, el tipo aquel de la ópera. El efecto de la carta superó mis expectativas. El general me ofreció su amistad más cordial, y, por cuanto ya nada tengo que esperar de él, digo que su promesa fue en verdad sincera. En otro capítulo diré algo más sobre tan distinguido personaje. Desafortunadamente perdió la vida en una de las revoluciones de la América Central. Con otra carta me presenté al señor Norberto Ramírez, por entonces Director Supremo del Estado de Nicaragua.

Habiéndome ya relacionado con éstas y otras personalidades de la capital, me dediqué a deambular por la ciudad. A causa de las largas y cruentas luchas, de las que León fue escenario durante las guerras civiles del país, la mayoría de las casas se encontraban en ruinas, y no veo razón para suponer que a esta fecha su número haya disminuido. Mas, con todo y eso, León sigue siendo una de las más grandes ciudades de la América Central. Cuando yo estuve allí se me dijo que tenía 30,000 habitantes. Esto tal vez sea exagerado. Pero es muy difícil afirmar nada al respecto, puesto que ni desde la terraza de la catedral pueden verse los suburbios en toda su extensión. Las casas dispersas en las afueras se ocultan en una selva de árboles y espesos matorrales. La catedral —edificio grande y bien construido con su abultada cúpula y terraza— es una de las más notables obras arquitectónicas de hispanoamérica. La vista desde la terraza es magnífica y abarca paisajes de belleza tal como no había contemplado antes. En un vasto contorno surgen entre el verdor de exuberantes árboles los tejados rojos de las casas, y más allá se ve la inmensa planicie montuosa despejada a trechos por maizales mejor cultivados que en cualquier otra parte de Nicaragua. Por el oeste y el noroeste la planicie desciende gradualmente hacia la costa del Pacífico, sin ninguna loma que se vea. Pero hacia el sur es otra cosa; por ese lado termina la cordillera del noroeste que corre junto al mar. Al norte y al este se alzan en extraña simetría los volcanes enumerados antes —desde el Viejo al Momotombo— que más parecen gigantescas obras de arte que montañas naturales.

La población de los suburbios de León es casi totalmente indígena. Subtiaba, considerado un barrio de la ciudad, es más bien un pueblo aparte, y hasta ha conservado su lengua primitiva. En algunos aspectos Granada —como dijo mi criado— es más civilizada que León, por cuanto esta ciudad es de costumbres más conservadoras que aquélla, en donde se ha hecho sentir más la influencia de los extranjeros y son mucho mayor las relaciones comerciales con Europa y Estados Unidos. Granada, por otra parte, es más que todo una ciudad comercial, y predomina en ella el elemento

burgués. León, en cambio, representa los intereses aliados de una aristocracia de hacendados con una muy activa y definida democracia.

Mientras callejeaba por los arrabales, se me acercó un joven del tipo característico de la última clase nombrada, pidiéndome le permitiera encender su cigarro en la brasa del mío. “Usted, señor”, me dijo ya complacido, “es un caballero muy cortés. Cuando me fui de casa de mis padres, él me aconsejó: Hijo, debes ser siempre cortés con el rico y con el pobre, de modo que cuando un caballero quiera encender su cigarro debes darle fuego. Y mi padre tenía mucha razón, señor. Pero yo creo que el caballero no debe ser menos servicial que la gente común del pueblo, por eso, cuando yo le pida a uno de ellos fuego para encender mi cigarro él también debe ser cumplido. ¿No lo cree usted así, señor?”

Una tarde que me ocupaba en dibujar una calle del barrio de Saragoza, me rodeó un gentío. Unos caballeros que pasaban por allí detuvieron sus bestias, y mirando lo que yo hacía dijo uno con afectado fastidio: “No tengo paciencia para quedarme a ver eso. Cuando el mapa* esté terminado es que voy a verlo”. “Es mejor saber cómo se hace que verlo hecho”, replicó uno de los que estaban junto a mí. Parecía éste haber sido militar, un como veterano de tiempos de la independencia. Después que el montado, rabioso tal vez por el puntillazo del proletario, se hubo alejado, éste, dirigiéndose a la gente con ínfulas de protector dijo: “Miren a este hombre. Viene de lejos, se sienta en esta esquina y pinta nuestra calle con todas sus casitas y palos de coco para hacer un mapa de todo. El primero que hizo un mapa de aquí vino con muchos hombres, pero como traían mercaderías de contrabando fueron atacados y les mataron a veinticinco; después se tomó El Realejo, que fue cuando hizo el mapa”. Espero que el lector no me pida aclararle el ominoso significado de lo que el hombre quiso decir. De esa manera fue que conocí a la buena gente del barrio leonés de Saragoza.

Entre los hombres más eminentes que tuve el gusto de conocer en León recuerdo al Gobernador Militar de la ciudad, Coronel don Francisco Días Zapata, ex-prefecto del departamento de Nueva Segovia. El coronel, según informes, era un gran compositor, y durante mi estadía en León ejecutaron una sinfonía suya en un concierto público. En su casa conocí a Monsieur Meyonnet, quien había suscrito un contrato con el Gobierno de Nicaragua para llevar una colonia de franceses a las márgenes del río Coco. En los mapas conocidos hasta esta fecha, este río figuraba como si fuera el mismo río Escondido. Sin embargo, conforme a los datos que me dio el Coronel Zapata, y que fueron corroborados por otro caballero de León buen conocedor de aquellos lados, resulta que el río de Nueva Segovia, o de Ocotal, bajo los nombres de río Cangrejal, Coco, Segovia, Yaré, Herbias, Wanks y río Cabo, baja hacia Cabo de Gracias a Dios desembocando en el mar, mientras que el río de Bluefields, con el nombre de Escondido y Boswas, nace en Matagalpa y la Mosquitia superior o Chontales, y es

* (Así en español).

así como figura en los últimos mapas. Del proyecto de colonización francesa no volví a saber.

El General Muñoz me presentó a un destacado leonés, propietario de muchas tierras del norte de Matagalpa, pero que por haberse enemistado con los indios de esa zona se vio obligado a abandonarlas. Don Nazario Escoto, que así se llamaba, tenía mucha razón de lamentar lo ocurrido, pues tuvo que dejar sus tierras con minas ricas en oro. Al hablarme de ellas entró en un cuarto de donde volvió con una canastita llena de barras de oro de aquellas latitudes que parecen ser parte de una extensa zona minera que va desde las fuentes del río Escondido cogiendo por el norte hasta la cuenca de la parte superior del río Patuca o Guayape, en Honduras. En el capítulo que narre mi viaje a Chontales y la Mosquitia superior volveré a tocar este punto.

CAPITULO VI

Excursiones a las cercanías de León y regreso a Granada — Los “hervideros” de San Jacinto y El Tizate — El volcán Telica — El pueblo de Telica — Un drama representado por los lugareños — Instrumentos musicales de supuesto origen indígena — Subida al volcán — El cráter — Vista desde la cima — Observaciones orográficas — Nindirí — El páramo de lava — Masaya.

De León salí en jira a los “hervideros” de San Jacinto y El Tizate, situados al pie de uno de los volcanes del norte de León.⁸

La llanura que de la ciudad se despliega hacia la montaña está parcialmente sembrada de maíz y en parte la salpican árboles y matorrales. Los cultivos y los montes, a la hora tempranera que yo cruzaba por allí, estaban literalmente poblados de millares de palomas alas blancas.

Después de un recorrido de ocho o nueve millas a caballo llegamos al primero de los dos interesantes lugares ya mencionados. El “hervidero” de San Jacinto es una especie de solfatara, o infiernillo. Queda sobre una sabaneta compuesta de un limo caldoso de varios colores: rojo, café, amarillo, verde, azul, negro y blanco, de entre el cual hay numerosos surtidores de los que brota agua hirviente de color rojo y exhalan varios vapores, principalmente hidrógeno azufrado y acre de lo mismo. En sus contornos se forman sublimaciones e incrustaciones de azufre y otras sustancias minerales. Ese barrial registra en varios puntos diversos grados de temperatura.

A pocas millas de allí, pero por otro lado del mismo volcán, está el “hervidero” de El Tizate. Este es un pequeño cráter lleno de un limo espeso que agitan violentamente los vapores y gases expelidos por entre su masa hirviente. El limo es aventado hacia arriba en porciones que caen alrededor secándose rápidamente a causa del calor que hace allí; luego eso forma un cordón circular de varios colores parecido al de la otra solfatara, la de San Jacinto. En el limo que cayó cuando yo me encontraba allí, y que aún seguía caliente y pastoso, vi innumerables cubitos brillantes de piritita

⁸ Por la falta de una de mis notas no puedo señalar con más exactitud su ubicación.

de hierro que parecían formarse continuamente en ese laboratorio natural. Después esa pasta se hizo rocosa, conteniendo siempre los cubitos. No deja de tener interés científico el presenciar este caso de formación de una roca nacida de la combinación de los elementos fuego y agua; una clase de rocas y productos minerales generalmente descuidada en las especulaciones de las escuelas geológicas, pero de lo que algún día habrán de ocuparse cuando se estudien algunas de las hoy llamadas rocas plutónicas. Por todos lados se veían eflorescencias de sal blanca. Que era sal de hierro se comprobó allí mismo mediante una reacción peculiar. Mi guía, viéndome recoger un puñado de sal, tomó la corteza de una rama y frotó su interior con sal; esto produjo en el acto un color negrísimo. “De aquí sacamos tinta”, dijo el hombre después de su experimento químico.

Pasé la noche en la casa-hacienda de San Jacinto. El hospedaje lo pagué con la sangre que me chuparon las pulgas de la casa, aunque si he de decir verdad, no eran más numerosas ni más sanguinarias que las de las cabañas de los pastores europeos de los Alpes. Los hombres en cuya compañía pasé la noche en San Jacinto no serían tal vez mejores que aquéllos, pero sí estuvieron conmigo más corteses y alegres que lo hubieran estado la mayoría de los labradores de mi tierra. Antes de acostarme, la gente, sentada frente a la puerta de la casa, se divirtió contando cuentos; es entre ellos como una obligación tácita que todos cuenten un cuento. Este mismo pasatiempo lo noté entre los vaqueros y muleros de México. En el caso presente todos los cuentos eran del mismo molde: El indio tiene una esposa a la que el cura quiere seducir. Pero el indio es muy vivo y pone una trampa al clérigo que cae en ella. “¡Otro indio al palo!”, se oía en seguida invitando a otro cuentista.

Pocos días después salí de León para subir al volcán Telica. El pueblo de este mismo nombre, que está al pie del volcán, dista seis o siete millas de León. Me fui a dormir a Telica en donde contraté un guía para salir muy de mañana con él a escalar el volcán. Gracias a una carta que llevaba para el cura del lugar me alojé en su casa. Antes de irme a la cama presencié en el pueblo un acto muy interesante e instructivo. Sus habitantes, que son todos indios, aunque perfectos ladinos —es decir católicos romanos— representaban esa noche “un baile”,* lo que en realidad era función teatral con canciones y bailes, o más bien una representación con elementos de drama, ópera y ballet. La obra se titulaba “El Juramento ante Dios”. El argumento era este: Un rey moro y un rey cristiano son vecinos. Tras de muchas guerras hacen la paz. El cristiano cae en manos del moro, pero éste es de buen corazón, un hombre magnánimo que se hace amigo de su prisionero con quien acaba por jurar solemnemente un tratado de amistad y alianza. El cristiano regresa a su reino. Mas apenas se ha reinstaurado en su trono rompe el juramento, ataca a traición a su vecino y amigo, y cae vencido y preso por segunda vez. Ahora se espera, naturalmente, que el desleal reciba el merecido castigo por su perjurio. Pero aquí viene la lección. El cristiano logra convertir

* (Así en español).

al infiel demostrándole que sin verdadera fe hasta la misma virtud no vale nada. El moro se bautiza entre el regocijo universal y el coro entona un solemne “Infinita Gloria Damos”^{*} que los indios realizan de manera magistral. Y así termina la cosa. Salvo por la parte de un bufón que participó en la obra, todos actuaron con mucha propiedad.

No siendo yo buen conocedor de la literatura española, no podría decir si esta obra es o no de uno de los granaderos de la dramaturgia hispana adaptada a la mentalidad de los indios nicaragüenses. La métrica del verso era trocaica y el lenguaje puro y altisonante, y tanto así como en labios de esos indios resultaba risible oír a aquel rey cristiano dirigirse a su corte de

“condes, duques y marqueses...”

Dividíase la obra en varios actos con intermedios de bailes pertinentes al desarrollo del argumento. Y bailaban los indios con toda circunspección haciendo espaciosamente variadas figuras al compás de un curioso instrumento llamado marimba. En su estructura actual —mejorado ya su diseño original indígena— este instrumento se compone de veinticinco angostas y delgadas láminas de acero de tamaño creciente, colocadas lado a lado como las teclas de un piano, y cada una descansando sobre el extremo superior abierto de un tubo vertical de madera. La longitud de los tubos crece proporcionalmente a la de las láminas. Estos tubos, cerrados en su extremo inferior, tienen a un lado una abertura perpendicular que, haciéndola más ancha o más angosta con un pedazo de cera, regula el diapason de la lámina de acero al ser golpeada por el palillo del marimbero. Un marco de madera sostiene el instrumento apoyado en un palo que llega hasta el suelo y que el marimbero, que está sentado, tiene entre sus piernas; sobre sus hombros pasa el hombre una correa que está atada al marco del instrumento. Este se toca golpeando las láminas con los dos palillos de madera flexible que sostiene el marimbero, uno en cada mano. De estos palillos uno tiene una sola pelota de cuero en la punta, el otro dos. Las pelotas están colocadas a tal distancia una de otra que de un solo golpe se sacan dos tonos. Las láminas de la marimba original de los indios^o eran de madera en vez de acero, y en lugar de tubos de madera tenía jícaras de varios tamaños.

Terminada la función, el marimbero, que había observado mi interés en el instrumento, se sintió obligado a demostrarme su virtuosísimo. Con igual coquetería de la que pudiera hacer gala uno de nuestros primerísimos pianistas, el hombre se soltó una fantasía en su marimba. Iba paulatinamente su numen encumbrándolo más y más hasta remontarlo a un como loco delirio musical. Sus palillos volaban con velocidad que la vista no podía

* (Así en español).

^o Después de haber escrito lo anterior leí la obra del explorador inglés Livingston, “Viajes por el Africa”, en la cual describe detalladamente un instrumento musical al que los africanos llaman “marimba”, y que es muy similar al nicaragüense.

seguir; saltaban de la mano izquierda sobre la derecha y de la derecha a la izquierda. Por momentos se le ocurría permitir que el oyente se embelesara con los arpegios que sus mágicas manos arrancaban, para luego en súbito arrebató volver a remontarse a las alturas de su plectro siguiendo impulsos de nuevas concepciones, inmerso ya en ignotas regiones de armonía. Y así continuó hasta que, habiéndole hecho un obsequio, comprendió que yo ya estaba complacido.

El cura me dijo que a veces también representaban una obra mucho más interesante titulada "La Conquista de América", en la que figuraban Hernán Cortés y Montezuma.

Después de los entretenimientos de la noche me sentí repentinamente indispuerto, y de tal manera que hasta por un rato pensé en desistir del proyectado viaje al volcán. Sin embargo, cuando a las tres de la madrugada el guía llegó a despertarme con las bestias, decidí salir para allá.

El camino conducía al monte, y a la luz de la luna nos internamos en él. En ciertas partes era difícil avanzar. Una mala yerba que alcanzaba más arriba de la montura, toda llena de nudos espinosos y que se prendía de caballos y jinetes, formaba abajo un obstáculo enojoso, mientras que, por arriba, los bejucos de enredaderas y trepadoras colgaban de un árbol a otro cerrando el camino; con esto último el viajero se sentía amenazado como el Absalón de la Biblia. De rato en rato, mientras avanzábamos bajo la pálida claridad lunar que se colaba por entre las ramas, me atacaban vómitos violentos. Durante uno de esos ataques, en que me había apeado del caballo y descansaba la cabeza sobre una rama baja, el caballo se soltó metiéndose en la espesura. En esos mismos instantes saltó de entre el monte un bulto grande doblando y quebrando las ramas al caer, y pasó como un rayo frente a nosotros; luego todo quedó otra vez en calma. Pregunté al guía qué cosa era eso. "Un tigre", respondió. Y esa fue la única vez que topé con una de esas fieras en todos mis viajes por la América Central. En la rama de ciencias naturales me llama la atención que la índole de una misma especie de animales sea distinta en diferentes regiones. El tigre llega a alcanzar, en ciertos casos —no siempre— un tamaño descomunal en Nicaragua. Y, sin embargo, aquí no se le atribuye la ferocidad que en otros países de la América del Sur, como en el Paraguay y en las pampas argentinas, según mis lecturas.

Poco a poco el camino se fue haciendo más empinado y escabroso. Al romper el alba ya habíamos salido de la zona montuosa que cubre la parte baja del volcán. Y entramos en lo despejado. Los potreros quemados daban la impresión de estar sembrados de trigo empezando a despuntar. Varios árboles y arbustos, algunos sin hojas pero con flores de colores encendidos jaspeaban aquella como sabana que más parecía un parque de grandes dimensiones y caprichosos diseños. Un vallecito, no muy distante de la cima pero todavía dentro de la zona montuosa, era simplemente un regalo a la vista. El fondo, regado por un manantial, lo ocupaba un bro-

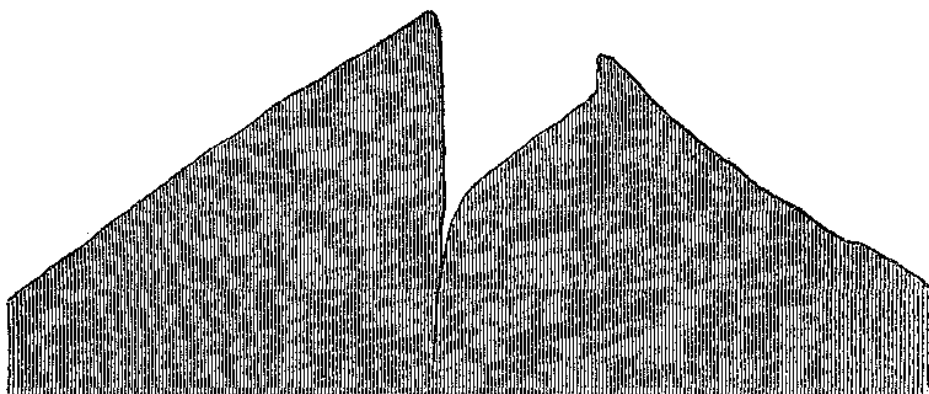
chazo de arbustos con flores amarillas y rosadas, y en medio de él se alzaba un macizo de árboles de los que pendían verdes festones de campánulas moradas. Dispersas también veíanse unas cuantas palmas de coyol en los potreros, de las que se saca la chicha de coyol, bebida autóctona. La belleza del escenario, el aire puro de la montaña y la mañanita fresca, junto con la limpidez de un cielo saturado de azul, me produjeron un gozo tan grande que me hizo olvidar el malestar de la noche.

En los últimos árboles dejamos amarrados los caballos, por ser el resto del volcán muy escarpado para ellos. Las faldas de la parte más alta estaban cubiertas de masas fragmentadas de escoria, que no puede considerárselas partes de una corriente de lava, pues deben haber sido aventadas desde el fondo del cráter en porciones de magma semisólida que, al caer convertidas en una pasta endurecida, formaron esas como tortas esparcidas en las faldas; o bien que, como en el caso de masas más grandes que tardaron más tiempo en enfriarse, rodaron por un corto trecho transformándose en enormes terrones esponjosos de forma cilíndrica o irregular con grandes oquedades o bóvedas, como hornos. En estas masas fragmentadas de escoria crece una yerba zacatosa de varios pies de alto que oculta las aristas e intersticios, de modo que si se caminara sobre ellas se desgazarían los zapatos.

La vista desde la cumbre es grandiosa, y, aunque de muy distinto carácter, puede comparársela a la que se domina desde la cima del Righi. En las vecindades se ven los picos volcánicos de los Maribios, desde el Momotombo al Viejo. Detrás del primero yace el Lago de Managua. Por el este el paisaje se funde en el vago color de la distancia. Hacia el Oeste la vista no encuentra línea delimitadora entre el Pacífico y el cielo. Es un paisaje de espacio vacío. Pero la línea de la costa sí que se ve bien marcada en esa dirección. La mirada sigue su curso mientras no se interponen los montes de la planicie de León. Varios ríos desembocan en el mar y muchas ensenadas espejean entre oscuros promontorios boscosos. Por el norte corre la cordillera de Matagalpa y Nueva Segovia que separa las tierras bajas de Nicaragua de las planicies del norte y noreste. Siguiendo la línea de la base del volcán, por la planicie del Estero Real —ese largo y angosto brazo del Golfo de Fonseca que se aleja hacia el sudeste buscando el extremo noroeste del Lago de Managua— surgen varios conos diminutos que parecen una hilera de montículos. El campo que se extiende desde la base suroeste del volcán aparece como una sola montaña cortada a trechos por pequeños ríos que se alargan lo suficiente para producir relumbres. Unos pocos parches rojizos señalan los tejados de las casas de León.

Si bien ahora en la cima del volcán no hay un solo árbol, no cabe duda de que en otro tiempo crecieron pinos allí. La parte baja de sus laderas, con excepción de unas cuantas palmeras, está completamente cubierta de plantas exógenas. Según se me ha informado, en el interior de Nicaragua no crecen árboles coníferos, pero en la Mosquitia, en Honduras y en Yucatán los pinos cubren las planicies que mueren en las orillas del Mar Ca-

ribe. A pocos centenares de pies de la cumbre vi un pino pequeño, el único en todo el volcán. Pero en el borde del cráter había un viejo y robusto tocón de esa clase de árboles. A él atamos un mecate llevado a propósito, y agarrándolo con firmeza bajé pegado al farallón perpendicular que, haciendo círculo, forma el borde superior del cráter. Por el lugar donde bajé su altura puede ser de cuarenta o cincuenta pies. Por allí también es más bajo el borde del cráter, y es asimismo donde el declive interior sube más alto, mientras que, por el lado opuesto, el farallón se eleva perpendicularmente muchos centenares de pies desde el centro del embudo unilateral. Este es el corte vertical del cráter:



Llegado que hube al pie del farallón perpendicular comencé a bajar por el declive interior que conduce al vértice. Es muy pendiente, pero en él se encuentra cierta vegetación como decir manojos de zacate, malezas y hasta arbustos. Entre éstos vi algunos del tamaño del arándano común, con racimos de flores blancas acampanadas. Llegué a un punto formado por un conglomerado de partes de tierra tobácea o arcillosa, piedras, arena escoriácea, y fragmentos de rocas con eflorescencias de varias sales, y también cristales sueltos de azufre regados en la superficie, de tal modo que eso hace pensar que todo ello debe haber caído de una columna ascendente de vapor y gases calientes, la cual columna los aventó seguramente en la forma que actualmente tienen, o la adquirieron en vuelo desde el interior del volcán a la atmósfera. De estos cristales había algunos hasta en la grama. Dispersos entre las rocas, o semienterrados en la toba, vi grandes fragmentos de mármol cristalino blanco, y otros de una roca augítica de gran dureza y resistencia. Los demás fragmentos eran de la misma clase de las masas de escoria suelta que cubren las faldas exteriores de la cima. El farallón vertical del lado del cráter que veíamos en frente tiene estratos de diversos colores, testimonio de las varias clases de material arrojado en las sucesivas erupciones del volcán, pues poca duda me queda de que el cono se formó con las materias caídas al ser aventadas desde el fondo del cráter.

Siento no haber podido reunir más que estos datos referentes al volcán Telica. El malestar me había debilitado mucho. Bajé todavía unos centenares de pasos más hacia el vértice del embudo; de repente rompieron mis pies la dura costra arcillosa del suelo y caí en un hoyo de lodo caliente del que salió un vapor sulfuroso. Sólo tuve tiempo y fuerzas para caer sentado y gatear hacia arriba unos cuantos pasos; allí me quedé exhausto unos minutos, afectado sin duda por los gases del hoyo que había aspirado. Al guía, que debía ir detrás de mí, no lo vi por ningún lado ni tampoco respondió a mis repetidas llamadas. Haciendo grandes esfuerzos llegué al pie del pequeño farallón donde colgaba el mecate amarrado al viejo tocón, y cuando miré hacia arriba perdí toda esperanza de poder salir de allí. Después de un rato, sin embargo, me reanimé. El guía, que andaba recogiendo azufre, reapareció. Subimos por el mecate, y al respirar aire puro en la cumbre recobré las fuerzas. Los caballos estaban donde los habíamos dejado. A las cuatro de la tarde llegamos al pueblo, y antes de anochecer entramos a León.

Las características principales de la orografía de Nicaragua figuran con toda claridad en el mapa que del país hizo Squier. En los mapas elaborados antes de la publicación de su obra, la cadena de los volcanes de la planicie de León —a los cuales volvió él a darles su primitivo nombre de Maribios—¹⁰ aparecen enlazados en las montañas de Nueva Segovia por un lado, y por el otro a la cordillera volcánica de la costa nicaragüense. Esto era un doble error. Tres líneas de serranías o cordilleras, paralelas entre sí y a la costa del Pacífico, atraviesan Nicaragua, y NO están enlazadas por yugos transversales, pues éstos NO existen.

De los recodos y raudales del San Juan —río que pasa por entre una brecha de la cadena de montañas que atraviesa el país— la cordillera principal parte con rumbo general noroeste hasta el departamento de Choluteca, en Honduras. En todo ese curso deja la región baja de los lagos nicaragüenses y del Golfo de Fonseca al sudoeste, y la planicie de la Mosquitia superior, Matagalpa y Nueva Segovia al noreste. Esta cordillera, estrictamente hablando, es, más que el borde de una meseta, una cadena central de montañas, aunque la meseta tiene un declive hacia el este y el noreste.

A lo largo de la costa corre una segunda cadena de montañas. Tiene algunas depresiones y varios cortes en diversos lugares. La primera depresión queda entre el río Sapoá y la bahía de Salinas; la segunda entre la bahía de La Virgen y San Juan del Sur; la tercera entre el Lago de Managua, cerca de Nagarote, y la pequeña bahía de El Tamarindo. Al sur de León la corta un pequeño río que, desde la planicie sobre el cual está esa ciudad, se aleja hasta el mar; y alrededor de El Realejo la ancha planicie del interior se abre enteramente hacia el Pacífico. Sin embargo, al noroeste de El Realejo recomienza la serranía costera, haciéndose las lomas

¹⁰ Este es el nombre de una tribu de indios que antes habitaban esta cordillera que, como distrito, se conocía con el nombre de Maribichoa.

más y más altas, hasta que a la entrada del Golfo de Fonseca termina abruptamente con el Cosigüina, volcán famoso.

Entre estas dos cordilleras hay una tercera que consiste en una serie de conos volcánicos irregularmente distanciados, y de lomas. Comenzando por el sudeste, el primero de estos conos es la isla de Solentiname, en el Lago de Nicaragua. Vienen después los volcanes de la Isla de Ometepe, el de la isla de Zapotera, el Mombacho, el volcán de Masaya, los cerros de la península situada entre Managua y Mateares, el Momotombo que creo es el pico más alto de los Maribios, y también el de mayor altura en Nicaragua, dado que mide unos 7,000 pies; y siguen el Axosco, el de Las Pilas, el Orotá, el Telica, el Santa Clara, el Viejo, y algunos picos menores de esta cadena; más las islas de El Tigre y Zacate Grande, en el Golfo de Fonseca, que pueden considerarse como continuación de todos los conos mencionados.

Entre estas tres hileras de altas cumbres el viajero puede pasar del Atlántico al Pacífico sobre un camino de nivel; y, en dirección al último, se puede ir sobre dos rutas principales: una por el suroeste de los Maribios, de León a El Realejo; la otra por el noreste de esa cadena, del extremo norte del Lago de Managua cruzando la planicie del río de La Palma y el Estero Real hasta el Golfo de Fonseca.

El 31 de Enero salí de León de regreso a Granada. En Managua tomé el camino real que lleva a Masaya pasando por Nindirí. Este último lugar es un pueblito indio de buen tamaño y de los más lindos que jamás he visto. Sus ranchitos de palma se alzan con gran regularidad a la sombra de naranjos, mangos y otros árboles frutales, y semicultos tras variadas y muy exquisitas flores; desde muy arriba las palmas de los cocos los abanicán blandamente. Muchachas morenas de rostros sonrientes paradas en las puertas saludan a los viajeros con un amistoso “¡gud-bay, americano!”

Cerca de Nindirí el camino cruza una antigua correntada de lava arrojada por el Masaya. Desde su cráter bajó la deyección a la llanura cuya horizontalidad y el enfriamiento de la materia la solidificaron inmovilizándola. Es un cuadro terrífico; parece como si una ancha colada de hierro, en rabioso enfurruñamiento de mar embravecido, se hubiese petrificado de repente. Desde el borde del cráter baja expandiéndose en abanico, y orlan sus márgenes los árboles del monte circundante. El contraste que esto hace es semejante al que haría una jungla junto a un glaciar. Pero sus puntas y filos lávicos son tan terribles que la sola idea de caminar sobre ella se rechaza de inmediato al pensar en lo que sufrirían los zapatos con sólo dar unos cuantos pasos. Algunas oquedades tubulares que se ven en la lava, como moldes de troncos de árboles que hubiesen sido reducidos a cenizas, han llamado la atención de los viajeros, habiendo quienes conjeturan que quizá fueran de árboles carbonizados por la lava. Describí en páginas de atrás las formaciones similares de las faldas del Telica, y me parece que son porciones de lava semifría que rodaron sobre la superficie de la correntada, como en el caso del Telica, mientras en su interior rebu-

llían los gases; proceso mediante el cual de una u otra manera pudieron haberse formado más tarde esas oquedades tubulares, aunque con esto no pretendo negar la posibilidad de que las tales hubiesen estado antes ocupadas por troncos de árboles; pero el hecho de que en los mismos lugares existan oquedades de muchas otras formas que me han hecho dudar de ello.¹¹

Dormí en Masaya, ciudad bastante grande con barrios de una muy laboriosa población indígena. En ningún otro lugar pueden darse más lujuriantes platanares ni mejores árboles frutales. Todos sus cercos son de piñuela. En el mercado se venden por la mañana muchos curiosos artículos de artesanía indígena de muy alta calidad: excelentes hamacas, petates de brillantes colores con diseños de buen gusto —y algunos son tan grandes que cubrirían el piso de una sala— jícaras y huacales labrados, loza de barro, albardas y monturas, y, en fin, muchos otros objetos. Su habilidad, buen gusto y dedicación al trabajo han dado a los indios de Masaya una muy alta reputación en todo Nicaragua.

¹¹ El Masaya hizo erupción después que yo estuve allí.